# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV San José, Costa Rica 1948 Martes 30 de Noviembre No. 15

Año XXIX — No. 1066




## Que despierte el Leñador

Por *Pablo NERUDA*

(En el *Rep. Amer.*)

*...Y tú, Capharnaub, que hasta los cielos estás levantada, hasta los infiernos serás abajada...*—San Lucas XL 5.

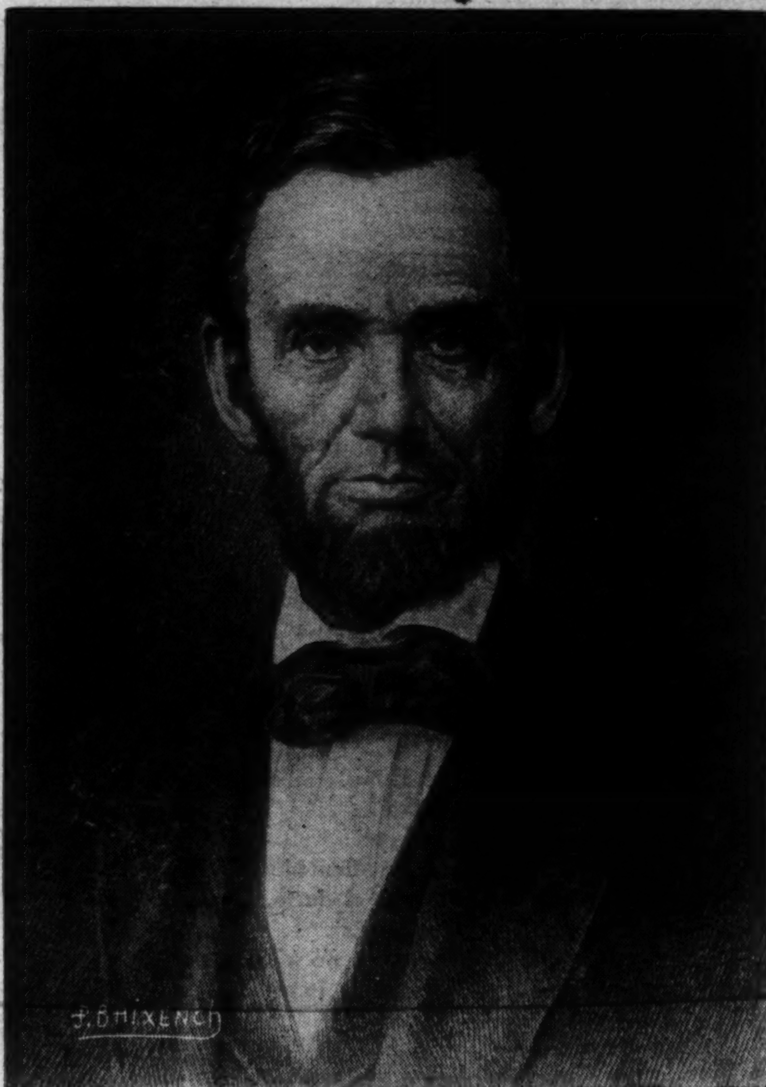
I

*Al* Oeste de Colorado River hay un sitio que amo.
Acudo allí con todo lo que palpitando
transcurre en mí, con todo
lo que fuí, lo que soy, lo que sostengo.
Hay unas altas piedras rojas, el aire
salvaje de mil manos
las hizo edificadas estructuras,
el escarlata ciego subió desde el abismo
y en ellas se hizo cobre, fuego y fuerza.
América extendida como la piel del búfalo,
aérea y clara noche del galope,
allí, hacia las alturas estrelladas,
bebo tu copa de verde rocío.

Sí, por agria Arizona y Wisconsin nudoso,
hasta Milwaukee levantada contra el viento y la nieve
o en los enardecidos pantanos de West Palm,
cerca de los pinares de Tacoma, en el espeso
olor de acero de tus bosques,
anduve pisando tierra madre,
hojas azules, piedras de cascada,
huracanes que temblaban como toda la música,
ríos que rezaban como los monasterios,
ánades y manzanas, tierras y aguas,
infinita quietud para que el trigo nazca.



*Pablo Neruda*
(Visto por *Toño Salazar*)



*Abraham Lincoln*

Allí pude en mi piedra central, extender al aire
ojos, oídos, manos, hasta oír
libros, locomotoras, nieve, luchas,
fábricas, tumbas, vegetales, pasos,
y de Manhattan la luna en el navío,
el canto de la máquina que hila,
la cuchara de hierro que come tierra,
la perforadora con su golpe de cóndor,
y cuanto corta, oprime, corre, cose:
seres y ruedas repitiendo y naciendo

Amo al pequeño hogar del *farmer*. Recientes madres duermen
aromadas como el jarabe del tamarindo: las telas
recién planchadas: arde
el fuego en mil hogares rodeados de cebollas.
(Los hombres cuando cantan cerca del río tienen
una voz ronca como las piedras del fondo:
el tabaco salió de sus anchas hojas
y como un duende del fuego llegó a estos hogares).
Missouri adentro venid, mirad el queso y la harina,
las tablas olorosas rojas como violines,
el hombre navegando la cebada,
el potro azul recién montado huele
el aroma del pan y de la alfalfa:
campanas, amapolas, herrerías,
y en los destartalados cinemas silvestres
el amor abre su dentadura
en el sueño nacido de la tierra.

Es tu paz lo que amamos, no tu máscara.
No es hermoso tu rostro de guerrero.
Eres hermosa y ancha, Norte América.
Vienes de humilde cuna como una lavandera,
junto a tus ríos, blanca.
Edificada en lo desconocido,
es tu paz de panal lo dulce tuyo.
Amamos tu hombre con las manos rojas
de barro de O[redacted], tu niño negro
que te trajo la música nacida
en su comarca de marfil, amamos
tu ciudad, tu substancia,
tu luz, tus mecanismos, la energía
del Oeste, la pacífica
miel, de colmenar y aldea,
el gigante muchacho en el tractor,
la avena que heredaste
de Jefferson, la rueda rumorosa
que mide tu terrestre oceanía,
el humo de una fábrica y el beso
número mil de una colonia nueva:
tu sangre labradora es la que amamos:
tu mano popular llena de aceite.

Bajo la noche de las praderas hace ya tiempo
reposan sobre la piel del búfalo en un grave
silencio las sílabas, el canto
de lo que fuí antes de ser, de lo que fuimos.
Melville es un abeto marino, de sus ramas
nace una curva de carena, un brazo
de madera y navío. Whitman innumerable
como los cereales. Poe en su matemática
tiniebla, Dreiser, Wolfe,
frescas heridas de nuestra propia ausencia,
Lockridge reciente, atados a la profundidad,
cuantos otros, atados a la sombra,
sobre ellos la misma aurora del hemisferio arde
y de ellos está hecho lo que somos.
Poderosos infantes, capitanes ciegos,
entre acontecimientos y follajes amedrentados a veces,
interrumpidos por la alegría y por el duelo,
bajo las praderas cruzadas de tráfico,
cuantos muertos en las llanuras antes no visitadas;
inocentes atormentados, profetas recién impresos,
sobre la piel del búfalo de las praderas.

De Francia, de Okinawa, de los atolones
de Leyte (Norman Mailer lo ha dejado escrito),
del aire enfurecido y de las olas,
han regresado casi todos los muchachos.
Casi todos... Fué verde y amarga la historia
de barro y sudor: no oyeron
bastante el canto de los arrecifes
ni tocaron tal vez sino para morir en las islas, las coronas
de fulgor y fragancia:
sangre y estiércol
los persiguieron, la mugre y las ratas,
y un cansado y desolado corazón que luchaba.
Pero ya han vuelto, los habéis recibido
en el ancho espacio de las tierras extendidas
y se han cerrado (los que han vuelto) como una corola
de innumerables pétalos anónimos
para renacer y olvidar.

II

*Pero* además han encontrado un huésped en la casa,
o trajeron nuevos ojos (o fueron ciegos antes)
o el hirsuto ramaje les rompió los párpados,
o nuevas cosas hay en las tierras de América.
Aquellos negros que combatieron contigo, los
duros y sonrientes, mirad:
han puesto una cruz ardiendo
frente a sus caseríos,
han colgado y quemado a tu hermano de sangre,
le hicieron combatiente, hoy le niegan
palabra y decisión, se juntan de noche los verdugos
encapuchados, con la cruz y el látigo.
(Otra cosa
se oía en ultramar combatiendo).
Un huésped imprevisto
como un viejo octopus roído, inmenso, circundante,
se instaló en tu casa, soldadito,
la prensa destila el antiguo veneno, cultivado en Berlín,
los periódicos (*Times, Newsweek*, etc.) se han convertido
en amarillas hojas de delación, Hearst
que cantó el canto de amor a los nazis, sonríe
y afila las uñas para que salgáis de nuevo
hacia los arrecifes o las estepas
a combatir por este huésped que ocupa tu casa.
No te dan tregua: quieren seguir vendiendo
acero y balas, preparan nueva pólvora
y hay que venderla pronto, antes de que se adelante
la fresca pólvora y caiga en nuevas manos.

Por todas partse los amos instalados
en tu mansión alargan sus falanges,
aman a España negra y una copa de sangre te ofrecen:
(un fusilado, cien): *el cocktail Marshall.*
Escoged sangre joven: campesinos
de China, prisioneros
de España,
sangre y sudor de Cuba azucarera,
lágrimas de mujeres
de las minas de cobre y del carbón en Chile,
luego batid con energía,
como un golpe de garrote,
no olvidando trocitos de hielo y algunas gotas
del canto *"Defendemos la cultura cristiana"*.
¿Es amarga esta mezcla?
Ya te acostumbrarán, soldadito, a beberla.
En cualquier sitio del mundo, a la luz de la luna,
o en la mañana, en el hotel de lujo,
pida usted esta bebida que vigoriza y refresca
y páguela con un buen billete con la imagen de Washington.

Has encontrado también que Carlos Chaplin, el último
padre de la ternura en el mundo,
debe huir, y que los escritores (Howard Fast, etc.),
los sabios y los artistas
en tu tierra
deben sentarse para ser enjuiciados por *"Un-american"* pensamientos
ante un tribunal de mercaderes enriquecidos por la guerra.
Hasta los últimos confines del mundo llega el miedo.
Mi tía lee estas noticias asustada,
y todos los ojos de la tierra miran
esos tribunales de vergüenza y venganza.

Son los estrados de los Babitts sangrientos,
de los esclavistas, de los asesinos de Lincoln,
son las nuevas inquisiciones levantadas ahora
no por la cruz (y entonces era horrible e inexplicable)
sino por el oro redondo que golpea
las mesas de los prostíbulos y los bancos
y que no tiene derecho a juzgar.

En Bogotá se unieron Moríñigo, Trujillo,
González Videla, Somoza, Dutra, y aplaudieron.
Tú, joven americano, no los conoces, son
los vampiros sombríos de nuestro cielo, amarga
es la sombra de sus alas:
prisiones,
martirio, muerte, odio: las tierras
del Sur con petróleo y nitrato
concibieron monstruos.
De noche en Chile, en Lota,
en la humilde y mojada casa de los mineros
llega la orden del verdugo. Los hijos
se despiertan llorando.
Miles de ellos
encarcelados, piensan.
En Paraguay
la densa sombra forestal esconde
los huesos del patriota asesinado, un tiro
suena
en la fosforescencia del verano.

Ha muerto
allí la verdad.
¿Por qué no intervienen
en Santo Domingo a defender el Occidente Mr. Vandenberg,
Mr. Armour, Mr. Marshall, Mr. Hearst?
¿Por qué en Nicaragua el Sr. Presidente
despertado de noche, atormentado, tuvo
que huir para morir en el destierro?
(Hay allí bananas que defender y no *libertades*,
y para eso basta Somoza).
Las *grandes*
victoriosas ideas están en Grecia
y en China para auxilio
de gobiernos manchados como alfombras inmundas.
¡Ay, soldadito!

III

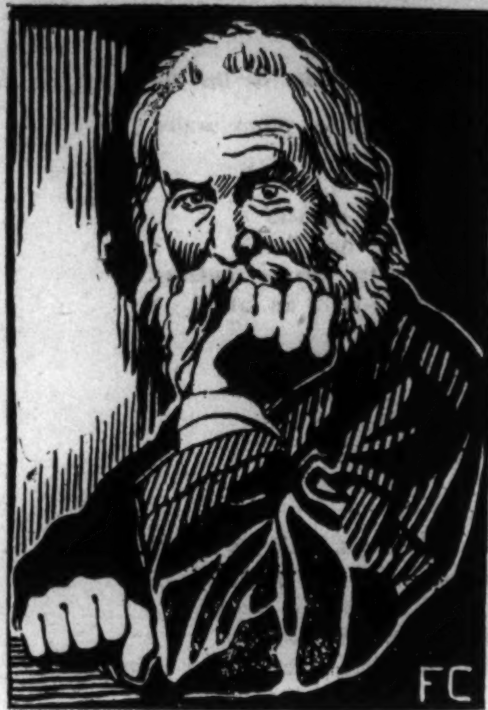
Yo también más allá de tus tierras, América,
ando y hago mi casa errante, vuelo, paso,
canto y converso a través de los días.
Y en el Asia, en la U.R.S.S., en los Urales me detengo
y extiendo el alma empapada de soledades y resina.

Amo cuanto en las extensiones
a golpe de amor y lucha el hombre ha creado.
Aún rodea mi casa en los Urales
la antigua noche de los pinos
y el silencio como una alta columna.
Trigo y acero aquí han nacido
de la mano del hombre, de su pecho.
Y un canto de martillos alegra el bosque antiguo
como un nuevo fenómeno azul.
Desde aquí miro extensas zonas de hombre,
geografía de niños y mujeres, amor,
fábricas y canciones, escuelas
que brillan como alhelíes en la selva
donde habitó hasta ayer el zorro salvaje.

Desde este punto abarca mi mano en el mapa
el verde de las praderas, el humo
de mil talleres, los aromas
textiles, el asombro
de la energía dominada.
Vuelvo en las tardes
por los nuevos caminos recién trazados
y entro en las cocinas
donde hierve el repollo y de donde sale
un nuevo manantial para el mundo.

También aquí regresaron los muchachos
pero muchos millones quedaron atrás,
enganchados, colgando de las horcas,
quemados en hornos especiales,
destruídos hasta no quedar de ellos
sino el nombre en el recuerdo.
Fueron asesinadas también sus poblaciones:
la tierra soviética fué asesinada:
millones de vidrios y de huesos se confundieron,
vacas y fábricas, hasta la Primavera
desapareció tragada por la guerra.
Volvieron los muchachos sin embargo.
Y el amor por la patria construída
se había mezclado en ellos con tanta sangre
que *Patria* dicen con las venas,
Unión Soviética cantan con la sangre.
Fué alta la voz de los conquistadores
de Prusia y de Berlín, cuando volvieron
para que renacieran las ciudades,
los animales y la primavera.

Walt Whitman, levanta tu barba de hierba,
mira conmigo desde el bosque,
desde estas magnitudes perfumadas.
¿Qué ves allí, Walt Whitman?
Veo, me dice mi hermano profundo,
veo cómo trabajan las usinas,
en la ciudad que los muertos recuerdan,
en la capital pura,




*Walt Whitman*
(Visto por *Fr. Cotaro*)

en la resplandeciente Stalingrado.
Veo desde la planicie combatida
desde el padecimiento y el incendio
nacer en la humedad de la mañana
un tractor rechinante hacia las llanuras.

¡Dame tu voz y el peso de tu pecho enterrado,
Walt Wihtman, y las graves raíces de tu rostro
para cantar estas reconstrucciones!
Cantemos juntos lo que se levanta
de todos los dolores, lo que surge
del gran silencio, de la grave
victoria:
Staligrando, surge tu voz de acero,
renace piso a piso la esperanza
como una casa colectiva,
y hay un temblor de nuevo en marcha
enseñando
cantando
y construyendo.
Desde la sangre surge Stalingrado
como una orquesta de agua, piedra y hierro
y el pan renace en las panaderías,
la primavera en las escuelas, el viento
sube nuevos andamios, nuevos árboles,
mientras el viejo y férreo Volga palpita.
Estos libros,
en frescas cajas de pino y cedro,
están reunidos sobre la tumba
de los verdugos muertos,
estos teatros hechos en las ruinas
cubren martirio y resistencia:
libros claros como monumentos:
un libro sobre cada héroe,
sobre cada milímetro de muerte,
sobre cada pétalo de esta gloria inmutable.
Unión Soviética, si juntáramos
toda la sangre derramada en tu lucha,
toda la que diste como una madre al mundo
para que la libertad agonizante viviera,
tendríamos un nuevo océano
grande como ninguno,
profundo como ninguno,
viviente como todos los ríos,
activo como el fuego de los volcanes araucanos.
En ese mar hunde tu mano,
hombre de todas las tierras,
y levántala después para ahogar en él
al que olvidó, al que ultrajó,

al que mintió y al que manchó,
al que se unió con cien pequeños canes
del basural de Occidente
para insultar tu sangre, Madre de los libres!

Desde el fragante olor de los pinos urales
miro la biblioteca que nace
en el corazón de Rusia,
el laboratorio en que el silencio
trabaja, miro los trenes que llevan
madera y canciones a las nuevas ciudades,
y en esta paz balsámica crece un latido
como en un nuevo pecho,
a la estepa muchachas y palomas
regresan agitando la blancura,
los naranjales se pueblan de oro,
el mercado tiene hoy
cada amanecer
un nuevo aroma,
un nuevo aroma que llega desde las altas tierras
en donde el martirio fué más grande,
los ingenieros hacen temblar el mapa
de las llanuras con sus números
y las cañerías se envuelven como largas serpientes
en las tierras del nuevo invierno vaporoso.

En tres habitaciones del viejo Kremlin
vive un hombre llamado José Stalin.
Tarde se apaga la luz de su cuarto.
El mundo y su patria no le dan reposo.
Otros héroes han dado a luz una patria,
él además ayudó a concebir la suya,
a edificarla
y defenderla.
Su inmensa patria es, pues, parte de él mismo
y no puede descansar porque ella no descansa.
En otro tiempo la nieve y la pólvora
lo encontraron frente a los viejos bandidos
que quisieron (como ahora otra vez) revivir
el *knout* y la miseria, la angustia de los esclavos,
el dormido dolor de millones de pobres.
El estuvo contra los que como Wrangel y Denikin
fueron enviados desde Occidente para "defender la cultura".
Allí dejaron el pellejo aquellos defensores
de los verdugos, y en el ancho terreno
de la U.R.S.S. Stalin trabajó noche y día.
Pero más tarde vinieron en una ola de plomo
los alemanes cebados por Chamberlain.
Stalin los enfrentó en todas las vastas fronteras,
en todos los repliegues, en todos los avances
y hasta Berlín sus hijos como un huracán de pueblos
llegaron y llevaron la paz ancha de Rusia.
Molotov y Voroshilov, están allí, los veo
con los otros, los altos generales,
los indomables.
Firmes como nevados encinares.
Ninguno de ellos tiene palacios.
Ninguno de ellos tiene regimientos de siervos.
Ninguno de ellos se hizo rico en la guerra
vendiendo sangre.
Ninguno de ellos va como un pavo real
a Río de Janeiro o a Bogotá
a dirigir a pequeños sátrapas manchados de tortura,
ninguno de ellos tiene doscientos trajes,
ninguno de ellos tiene acciones en fábricas de armamentos,
y todos ellos tienen
acciones
en la alegría y en la reconstrucción
del vasto país donde resuena la aurora
levantada en la noche de la muerte.

Ellos dijeron "Camarada" al mundo.
Ellos hicieron rey al carpintero.
Por esa aguja no entrará un camello.
Lavaron las aldeas.
Repartieron la tierra.
Elevaron al siervo.
Borraron al mendigo.
Aniquilaron a los crueles.

Hicieron luz en la espaciosa noche.
Por eso a ti, muchacha de Arkansas o más bien
a ti joven dorado de West Point o mejor
a ti mecánico de Detroit o bien
a ti cargador de la vieja Orleáns, a todos
hablo y digo: afirma el paso,
abre tu oído al vasto mundo humano,
no son los elegantes del State Department
ni los feroces dueños del acero
los que te están hablando
sino un poeta del extremo Sur de América,
hijo de un ferroviario de Patagonia,
americano como el aire andino,
hoy fugitivo de una patria en donde
cárcel, tormento, angustia imperan
mientras cobre y petróleo lentamente
se convierten en oro para reyes ajenos.
Tú no eres
el ídolo que en una mano lleva el oro
y en la otra la Bomba.
Tú eres
lo que soy, lo que fuí, lo que debemos
amparar, el fraternal subsuelo
de América purísima, los sencillos
hombres de los caminos y las calles.
Mi hermano Juan vende zapatos
como tu hermano John,
mi hermana Juana pela papas
como tu prima Jane,
y mi sangre es minera y marinera
como tu sangre, Peter.
Tú y yo vamos a abrir las puertas
para que pase el aire de los Urales
a través de la cortina de tinta,
tú y yo vamos a decir al furioso
"*My dear guy*, hasta aquí no más llegaste",
más acá la tierra nos pertenece
para que no se oiga el silbido
de la ametralladora sino una
canción, y otra canción, y otra canción.

## IV

*Pero* si armas tus huestes, Norte América,
para destruir esa frontera pura
y llevar al matarife de Chicago
a gobernar la música y el orden
que amamos,
saldremos de las piedras y del aire
para morderte,
saldremos de la última ventana
para volcarte fuego,
saldremos de las olas más profundas
para clavarte con espinas,
saldremos del surco para que la semilla
golpee como un puño colombiano,
saldremos para negarte el pan y el agua
saldremos para quemarte en el infierno.

No pongas la planta entonces, soldado,
en la dulce Francia, porque allí estaremos
para que las verdes viñas den vinagre
y las muchachas pobres te muestren el sitio
donde está fresca la sangre alemana.
No subas las secas sierras de España,
porque cada piedra se convertirá en fuego,
y allí mil años combatirán los valientes:
no te pierdas entre los olivares porque nunca
volverás a Oklahoma, pero no entres
en Grecia, que hasta la sangre que hoy estás derramando
se levantará de la tierra para deteneros.
No vengáis entonces a pescar a Tocopilla
porque el pez espada conocerá vuestros despojos
y el oscuro minero desde la araucanía
buscará las antiguas flechas crueles
que esperan enterradas nuevos conquistadores.
No confiéis del gaucho cantando una vidalita,
ni del obrero de los frigoríficos, ellos

estarán en todas partes con ojos y puños,
como los venezolanos que os esperan para entonces
con una botella de petróleo y una guitarra en las manos.
No entres, no entres a Nicaragua tampoco.
Sandino duerme en la selva hasta ese día,
su fusil se ha llenado de lianas y de lluvia,
su rostro no tiene párpados,
pero las heridas con que lo matásteis están vivas
como las manos de Puerto Rico que esperan
la luz de los cuchillos.
Será implacable el mundo para vosotros.
No sólo serán las islas despobladas, sino el aire
que ya conoce las palabras que le son queridas.

No llegues a pedir carne de hombre
al alto Perú: en la niebla roída de los monumentos
el dulce antepasado de nuestra sangre afila
contra ti sus espadas de amatista,
y por los valles el ronco caracol de batalla
congrega a los guerreros, a los honderos
hijos de Amarú. Ni por las cordilleras mexicanas
busques hombres para llevarlos a combatir la aurora,
los fusiles de Zapata no están dormidos,
son aceitados y dirigidos a las tierras de Texas.
No entres a Cuba que del fulgor marino,
de los cañaverales sudorosos,
hay una sola oscura mirada que te espera
y un solo grito hasta matar o morir.
No llegues
a tierras de partisanos en la rumorosa
Italia: no pases de las filas de los soldados con *jacquet*
que mantienes en Roma, no pases de San Pedro:
más allá los santos rústicos de las aldeas,
los santos marineros del pescado,
aman el gran país de la estepa
en donde floreció de nuevo el mundo.
No toques
los puentes de Bulgaria, no te darán el paso,
los ríos de Rumania, les echaremos sangre hirviendo
para que quemen a los invasores,
no saludes al campesino que hoy conoce
la tumba de los feudales, y vigila
con su arado y su rifle, no lo mires
porque te quemará como una estrella.
No desembarques
en China: ya no estará Chiang el Mercenario
rodeado de su podrida corte de mandarines:
habrá para esperaros una selva
de hoces labriegas y un volcán de pólvora.

En otras guerras existieron fosos con agua
y luego alambradas repetidas, con púas y garras,
pero este foso es más grande, estas aguas más hondas,
estos alambres más invencibles que todos los metales.
Son un átomo y otro del metal humano,
son un nudo y mil nudos de vidas y vidas,
son los viejos dolores de los pueblos,
de todos los remotos valles y reinos,
de todas las banderas y navíos,
de todas las cuevas donde se amontonaron,
de todas las redes en que salieron contra la tempestad,
de todas las ásperas arrugas de las tierras,
de todos los infiernos en las calderas calientes,
de todos los telares y las fundiciones,
de todas las locomotoras perdidas o congregadas.
Este alambre da mil vueltas al mundo:
parece dividido, desterrado
y de pronto se juntan sus imanes
hasta llenar la tierra.

Pero aún
más allá radiantes y determinados,
acerados, sonrientes,
para cantar o combatir
os esperan
hombres y mujeres de la tundra y la taiga,
guerreros del Volga que vencieron la muerte,
niños de Stalingrado, gigantes de Ukrania,
toda una vasta y alta pared de piedra y sangre,
hierro y canciones, coraje y esperanza.
Si tocáis ese muro caeréis
quemados como el carbón de las usinas,
y las sonrisas de Rochester se harán tinieblas
que luego esparcirá el aire estepario
y luego enterrará para siempre la nieve.
Vendrán los que lucharon desde Pedro
hasta los nuevos héroes que asombraron la tierra
y harán de sus medallas pequeñas balas frías
que silbarán sin tregua desde toda
la vasta tierra que hoy es alegría.
Y desde el laboratorio cubierto de enredaderas
saldrá también el átomo desencadenado
hacia vuestras ciudades orgullosas.

V

*Que* nada de esto pase.
Que despierte el Leñador.
Que venga Abraham con su hacha,
y con su plato de madera
a comer con los campesinos.
Que su cabeza de corteza,
sus ojos vistos en las tablas,
en las arrugas de la encina,
vuelvan a mirar el mundo
subiendo sobre los follajes,
más altos que las sequoias.
Que entre a comprar en las farmacias,
que tome un autobús a Tampa,
que muerda una manzana amarilla,
que entre en un cine, que converse
con toda la gente sencilla.
Que despierte el Leñador.
Que venga Abraham, que hinche
su vieja levadura la tierra
dorada y verde de Illinois,
y levante el hacha en su pueblo
contra los nuevos esclavistas,
contra el látigo del esclavo,
contra el veneno de la imprenta,
contra la mercadería
sangrienta que quieren vender.
Que marchen cantando y sonriendo
el joven blanco, el joven negro,
contra las paredes de oro,
contra el fabricante de odio,
contra el mercader de su sangre,
cantando, sonriendo y venciendo.
Que despierte el Leñador.

VI

*Paz* para los crepúsculos que vienen,
paz para el puente, paz para el vino,
paz para las letras que me buscan
y que en mi sangre suben enredando
el viejo canto con tierra y amores,
paz para la ciudad en la mañana
cuando despierta el pan, paz para el río
Missisipi, río de las raíces,
paz para la camisa de mi hermano,
paz en el libro como un sello de aire,
paz para el gran koljhoz de Kiev,
paz para las cenizas de estos muertos
y de estos otros muertos, paz para el hierro
negro de Brooklyn, paz para el cartero
de casa en casa como el día,
paz para el coreógrafo que grita
con un embudo a las enredaderas,
paz para mi mano derecha,
que sólo quiere escribir Rosario,
paz para el boliviano secreto
como una piedra de estaño, paz
para que tú te cases, paz para todos
los aserraderos de Bío-Bío,
paz para el corazón desgarrado

de España guerrillera,
paz para el pequeño Museo de Wyoming
en donde lo más dulce
es una almohada con un corazón bordado,
paz para el panadero y sus amores
y paz para la harina, paz
para todo el trigo que debe nacer,
para todo el amor que buscará follaje,
paz para todos los que viven: paz
para todas las tierras y las aguas.

Yo aquí me despido, vuelvo
a mi casa, en mis sueños,
vuelvo a la Patagonia en donde
el viento golpea los establos
y salpica hielo el Océano.
Soy nada más que un poeta: os amo a todos,
ando errante por el mundo que amo;
en mi patria encarcelan mineros
y los soldados mandan a los jueces.
Pero yo amo hasta las raíces
de mi pequeño país frío;
si tuviera que morir mil veces
allí quiero morir,
si tuviera que nacer mil veces
allí quiero nacer,
cerca de la araucaria salvaje,
del vendaval del viento sur,
de las campanas recién compradas.
Que nadie piense en mí.
Pensemos en toda la tierra,
golpeando con amor en la mesa.
No quiero que vuelva la sangre
a empapar el pan, los frejoles,
la música: quiero que vengan
conmigo el minero, la niña,
el abogado, el marinero,
el fabricante de muñecas,
que entremos al cine y salgamos
a beber vino más rojo.
Yo no vengo a resolver nada.
Yo vine aquí para cantar
y para que cantes conmigo.

En algún punto de América.
Mayo de 1948.

---

ERRATA

*Mi estimado don Joaquín:*

*En el Nº 1.062 de su* Repertorio, *pág. 163, columna 1ª, se ha deslizado una errata que altera el pensamiento. Donde dice* esfuerzo máximo *debe leerse* mínimo. *También está alterada la construcción gramatical del párrafo, pero el lector sabrá subsanarla. Atentamente,*

Víctor LORZ.

*Ipís 25-X-48.*

*La frase completa sería:*

Pero, si se les respeta a todos su *real gana* para seguir el camino del menor esfuerzo, yo propongo esta ley de justicia: "Desde que por las leyes de un Estado liberal que permiten a unos ciudadanos enriquecerse siguiendo la línea del *esfuerzo mínimo*, la mitad de sus ganancias pertenecen al Estado". En el terreno de la doctrina y de la justicia, esto es irrebatible.

# Historicismo o Metafísica

(En el *Rep. Amer.*)

IV

La objetivación de la vida en el tiempo, que constituye el mundo histórico, habíase quedado fuera de las conexiones de la ciencia. Ni las ciencias que se fundan en la percepción exterior, ni aquellas que pretendían abarcar lo interior, destinaron un apartamiento para la trama de las realidades, y la fuente de los valores y de los fines. El mundo espiritual, el verdadero mundo espiritual integrado por aquellos ingredientes, quedóse entre un reino de sombras, o en las esferas de lo trascendente, colocadas allá, muy lejos, en espacios adonde apenas si se alcanza a llegar en alas de la imaginación. ¡Cuántos esfuerzos que aniquilaron la vida, intentados con el plausible afán de comprenderla! He aquí una de las mayores tragedias del hombre...

Dilthey creció —es confesión suya— con el insaciable anhelo por encontrar en el mundo histórico la expresión de esa vida en su diversidad multiforme y en su hondura. Los poetas, los historiadores y ciertos estudios teológicos, permitiéronle a aquel genio la comprensión de la vida en el plano de la conexión de realidades, valores y fines. Y en ese terreno hubo de emerger un ideal correspondiente.

Los sistemas de la filosofía científico-natural jamás lograron aquietar esa ansiedad por una explicación del vivir, que determina el estado de conciencia agónica, tan bellamente interpretado por Unamuno. No menos eficaces para tal fin, son aquellas corrientes racionalistas, que al separar el pensamiento de la percepción sensible, determinando con ello el rompimiento del sujeto mismo, impiden la verdadera incorporación de éste, en el mundo que lo circunda. Todo ello, hizo que Dilthey intentara comprender la vida por sí misma. Suprema finalidad por él alcanzada cuando penetró en el mundo histórico, para fundar su validez, y asegurar un conocimiento objetivo de su realidad, medios únicos de aprovechar las mejores palpitaciones de esa vida, y de comprender la plenitud de nuestra naturaleza psico-física, ya que la verdadera antropología del hombre es la Historia.

*Alejandro AGUILAR MACHADO.*

Costa Rica, 1948.



# QUÉ HORA ES . . . ?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.*

## "O educación o exámenes"
## Mecanismo contra Humanidad

Por *Luis de ZULUETA*

(En *El Tiempo*, Bogotá, 12 de noviembre del 47)

No lejos de Nueva York está el colegio de Sarah Lawrence, establecimiento de enseñanza superior para la mujer, considerado hoy como uno de los mejores en los Estados Unidos. Sus alumnas suelen ser muchachas de familias ricas y de aficiones intelectuales. Las enseñanzas de ese centro constituyen, según es fama, un avance en la pedagogía, un progreso en los métodos.

¿Avance? ¿Progreso?... Quizá el lector pensará que, con tales características, el Sarah Lawrence College, próximo a Nueva York, la gran metrópoli de nuestra civilización técnica y mecánica, será la última palabra, el último paso adelante en la tecnificación de la labor educadora y en la mecanización del ser humano.

Pues, no. El presidente del Colegio, Harold Taylor, quien, con poco más de treinta años, es una autoridad en los problemas de la enseñanza moderna, ha hecho ahora, en la Conferencia Educativa de Nueva York, una dura crítica de todo el actual sistema docente que, en vez de desarrollar el espíritu, se contenta con obtener personas bien informadas, "repulsivamente bien informadas", laboriosas, prácticas, de mente estrecha, de actividad limitadamente constructiva. "Una raza de afanosos castores".

"Habría que suprimir —opina Harold Taylor— todo el sistema mecánico de calificaciones, notas previas, puntos, "pénsumes", exámenes formalistas"... "Esta apreciación aritmética da a la exactitud, la corrección, la habilidad, más valor que a la imaginación".

¡Pobre imaginación! Es la cenicienta en las modernas aulas. Pero resulta en alto grado interesante ver a un educador de vanguardia alzarse en Norteamérica contra toda esa imponente maquinaria de los exámenes... Doblemente interesante cuando, al final del curso, como aquí en estos días, se suspenden ya las clases, se interrumpe la tarea de formación del pensamiento y del corazón, a fin de preparar los exámenes... Exámenes, para los cuales se dedica acuciosamente el alumno a prender con alfileres en su memoria textos, apuntes, manuales, resúmenes que, quince días después, quedarán olvidados para siempre.

Como Fray Gerundio dejó los libros para meterse a predicador, el estudioso interrumpe el estudio, el verdadero estudio, para meterse a estudiante. Tal vez no sospecha que en el mundo existen Universidades donde no se llama a lista, tiene el alumno libertad para elegir entre varias asignaturas y distintos profesores y las pruebas finales en nada se parecen a lo que llamamos exámenes.

Harold Taylor, el joven educador norteamericano me ha recordado ahora a mi viejo maestro español don Francisco Giner de los Ríos. A su clase acudían, además de muchos de los alumnos matriculados —no todos, porque como no pasaba lista...— hombres maduros, profesores, intelectuales, escritores. En cambio, don Francisco había obtenido una real orden que le relevaba de la obligación de examinar. Condensaba su criterio en este dilema: "O educación, o exámenes". Eligió el primer término y fué un gran educador de su patria.

---

Hace algunas semanas, el citado presidente del Sarah Lawrence sostuvo una interesante controversia con otro moderno pedagogo americano, el famoso Robert Hutchins, canciller de la universidad de Chicago.

Las ideas de Hutchins no son menos significativas que las de Taylor. En los Estados Unidos, el país de la práctica y de la acción, la reforma de Hutchins reclama "más teoría y más libros".

Quiere el canciller de la universidad de Chicago —otra ciudad gigante, de fábricas y rascacielos, como Nueva York— que los jóvenes lean, lean seriamente, lean metódicamente, durante cuatro cursos; lean, no ya los libros actuales de utilidad inmediata, sino las grandes obras de todos los siglos. Y que luego se reunan para comentar y discutir sus lecturas.

Entre éstas, Hutchins, allí, en el país de las realidades positivas, recomienda en primer término los Diálogos de Platón, el padre del idealismo. Y, con ellos, los escritos inmortales de Aristóteles, y los de Esquilo y Sófocles, San Agustín y Santo Tomás, Galileo y Spinoza, Pascal y Rousseau, Stendhal y Dostoiewski.



Recordemos que, hace ya algún tiempo, al terminar la guerra, una comisión de profesores de la universidad de Harvard publicó un informe sobre la *Educación general en una sociedad libre*. Documento de espíritu humanista en el que se pedía que los estudiantes entraran en contacto directo con los grandes libros y los grandes hombres.

También otra universidad americana, la de John Hopkins, se orienta en el mismo sentido. Quiere que sus escolares adquieran una cultura general, conozcan la historia del pensamiento humano, lean las obras maestras, las discutan en los seminarios y lleven a su propia vida las ideas de los grandes autores.

Nos hablaba de esto, hace unos meses, el doctor Gustavo Correa, un distinguido profesor colombiano de esa universidad de John Hopkins. Decía que en los Estados Unidos se desarrolla hoy una contienda entre los representantes de la segunda enseñanza, que defienden la educación práctica, pragmática, y los de la enseñanza superior que abogan por una nueva educación humanista.

La primera de estas dos tendencias se ha visto robustecida después de la guerra —afirmaba el doctor Correa en su interesante conferencia— pues los soldados pudieron comprobar durante la campaña el valor de una preparación escolar para la vida real. Cabría alegar, sin embargo, desde el lado opuesto, que si una verdadera educación humanista se hubiese extendido por el mundo, no habría habido la guerra.

---

Es una señal de los tiempos esa reacción que se dibuja en los Estados Unidos contra lo que con expresiva redundancia tendríamos que traducir en castellano por "la máquina mecánica" —"mechanical engine", la llama Taylor— que rige la enseñanza.

Máquina mecánica... Duplicado mecanismo. Frente a esa mecanización de la vida, los centros superiores de cultura, los más sensibles a las nuevas corrientes de la época, exaltan la humanización de la vida. Contra el mecanismo, el humanismo.

Vivimos en la era de la máquina. El hombre la inventa, pero la máquina acaba por suplantar a su autor. Aquélla empieza por ser una mera prolongación del brazo y, al fin, el brazo, el hombre, no es más que un simple apéndice de la máquina. El alma anima a la máquina, mas, al cabo, la máquina mecaniza al alma.

El último triunfo, el más asombroso invento de nuestra civilización mecánica son esas fábricas gigantescas en que se invierten centenares de millones de dólares, dedicadas a liberar la energía nuclear del átomo. Los sabios cuyos descubrimientos las engendraron, se muestran ahora aterrados porque esta vez el mecanismo es tan deshumanizador, que puede acabar con la especie humana sobre la tierra.

"Mi hijo no quiere tener un automóvil, quiere tener un alma", le decía a Alain el padre de unos de sus discípulos. Los pueblos, como los hombres, tienen al fin lo que quieren y labran su propio destino. Los Estados Unidos tienen ya, construyen ya, la gran mayoría de los automóviles del mundo. Pero quieren también tener un alma. Y allí, entre el ruido productivo de los talleres, hay grupos selectos que evocan el inmarcesible jardín de Academo donde conversaba el divino Platón.

*Luis de ZULUETA.*



CASA DEL ESCRITOR
(6 de mayo de 1948)
Día de entrega del Gran Premio de Honor 1946
al escritor *Eduardo Mallea*

*De izquierda a derecha*: Abelardo Arias (Tesorero. Novelista), Leónidas Barletta (Presidente. Cuentista), Esmeralda Radaelli (Secretaria administrativa. Poeta), Miguel Alfredo O'Ellia (Secretario. Poeta), José Luis Romero (Secretario. Ensayista), Carlos Ruiz Daudet (Vocal. Cuentista).

# "Las ideas políticas en la Argentina"

Por *Félix LISAZO*

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en la Habana, setiembre de 1948)

I

Entre la producción intelectual de la Argentina en el año 1947 se destacó de manera muy notada la aparición de un libro en que podía decirse que culminaban los mejores esfuerzos de un espíritu entregado honda y totalmente al estudio de la ciencia histórica: *Las ideas políticas en la Argentina*, por José Luis Romero.

De una formación sólida que le había llevado no sólo a dominar las fuentes de la ciencia histórica sino a hurgar en los procesos más especializados de la historiografía medieval, sobre todo en relación con el pueblo y el pensamiento español, su aprendizaje había estado asistido de una frecuentación de las disciplinas filosóficas y el autor había tenido, además, la fortuna de considerarse discípulo, y aventajado discípulo, de uno de los hombres eminentes en el saber medievalista, como es el profeseor don Claudio Sánchez Albornoz, creador en Buenos Aires del Instituto de Investigaciones Hispánicas.

Una serie de monografías fueron señalando la ruta del joven investigador y creador. Sus temas eran de una evidente especialización, que se hacía más clara a medida que aumentaba la profundidad de sus empeños. Así, entre sus trabajos de significación primera podemos citar los que llevan por título *La concepción griega de la naturaleza humana* (1940), *Las concepciones historiográficas y las crisis* (1943), *La biografía como tipo historiográfico, Sobre la biografía española del siglo* XV y *La historia de los vándalos y suevos de San Isidoro de Sevilla*, en 1944. Pero son estos sólo unos cuantos títulos. Muchos otros trabajos forman la amplia bibliografía de Romero, aunque nos limitemos a mencionar aquellos que conocemos del autor. Estos, y muchos más que no hemos mencionado, han sido recogidos posteriormente en volúmenes. Así en el que lleva por título *Sobre la biografía y la historia* (Editorial Sudamericana, 1945), figuran, además de algunos de los ya mencionados, otro sobre el propio tema de biografía e historia, y los que titula *El despertar de la conciencia histórica* y *La llamada Edad Media*, trabajos muy esclarecedores de la concepción del autor y de sus puntos de vista para la indagación de las formas que adopta el conocimiento histórico, así como para la comprensión a fondo del "vasto mundo que se reune, indiscriminado, en el concepto de Edad Media". Otro libro de Romero, publicado en 1945, y que lleva por título *La Historia y la Vida* (Editorial Yerba Buena), recoge también parte de la labor inicial, pero ya madura, de este autor, que, por etapas rápidas ha ido poniéndose en la primera fila de los historiadores de nuestra América.

Como se ve, son además temas que han ido elevándose de las medidas generales y corrientes a la búsqueda de fórmulas y leyes que expliquen un proceso o un momento de la conciencia histórica. Los temas nacionales han aparecido también con frecuencia en sus trabajos. Así recordamos un gran ensayo sobre la formación intelectual de Mitre.

Cuando en 1946 conocí personalmente a José Luis Romero, tuve la impresión de encontrarme frente a uno de los espíritus más anhelosos de indagar las explicaciones que, en última instancia, han de servir de fondo a todas las angustias y dificultades de nuestro momento histórico. Le comprendí acuciado de esas inquietudes que han hecho vibrar las conciencias de los hombres más responsables de nuestra época. Y cuando más tarde tuve oportunidad de oirle referencias a sus recuerdos de Pedro Henríquez Ureña, a quien con respeto profundo llamaba maestro, y evocar sus largas conversaciones sobre los temas más palpitantes de la vida y la cultura, comprendí que el historiador estaba asistido espiritualmente por una inquietud de hombre y de poeta, vibrando ante las grandes y angustiosas interrogaciones de la existencia. Fué en esa oportunidad cuando pude leer el ensayo que le había consagrado, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del gran espíritu admirado e inolvidable. Lo tituló *En la muerte de un testigo del mundo*, y acertó a fijar cabalmente cómo aquel espíritu se mantenía alerta a tal punto sobre el panorama universal, tratando de distinguir en la lejanía con los datos inmediatos de sus conocimientos amplísimos, cumpliendo con la misión del perfecto intelectual. Y al revelarnos Romero toda la significación de Pedro Henríquez Ureña en el ámbito de una genuina conciencia de su tiempo, desvelado por el sino del mundo, nos dijo también cuál era su posición, la singularidad de su propio espíritu que, por las disciplinas históricas ha alcanzado una gran sensibilidad para comprender el sentido de la vida de hombres y pueblos.

II

La dedicatoria de este libro dice con toda claridad la profunda huella que en el espíritu de José Luis Romero dejó aquella conciencia desvelada por todas las inquietudes de la cultura que fué Pedro Henríquez Ureña. El hecho mismo de que consagre a su memoria este libro, el más logrado y entrañable del autor, denota la solidaridad intelectual que lo unía al maestro. Ya lo dicen terminantemente sus palabras: "A la memoria de Pedro Henríquez Ureña, maestro y amigo, con cuyo consejo se escribieron muchas páginas de este libro". El autor de *Literary Currents in Hispanic America* había en contrado un discípulo digno de considerarlo tal, y sin esfuerzo concebimos el íntimo goce de su espíritu prestando todo su don de claridad y de síntesis al esfuerzo de articulación de las ideas del discípulo.

Ya desde la "Advertencia", el libro abre al lector su propósito y su método. Quiere ofrecer un "texto ordenado, preciso y sintético, que dé una visión panorámica de las ideas políticas argentinas a los lectores de América". Para lograr esto buscará la mayor claridad posible en la expresión, limpiando el texto de notas y, en cambio, incluyendo en él las transcripciones imprescindibles.

Con especial interés fija el punto de vista adoptado, que no es exclusivamente el de las ideas políticas como exposición del pensamiento doctrinario, las ideas políticas puras y

(Sigue en la pág. 235)

# DISCURSO del Sr. Leónidas Barleta,

Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores

Al entregar el Gran Premio de Honor 1946 a *Eduardo Mallea*

(Tomado del folleto *Sociedad Argentina de Escritores*).

Me toca el privilegio de otorgar la medalla de oro del Gran Premio de Honor 1946, de la Sociedad Argentina de Escritores, al escritor Eduardo Mallea. Este subido honor, como corolario de la privanza que me han dispensado mis compañeros, al señalarme para representar al gremio, en los dos años más azarosos de la vida política del país, excediendo mis merecimientos, rebasa de satisfacción mi espíritu y compromete al máximo mi sinceridad. Porque, aparte de la más alta codicia de crear una perdurable obra de belleza, ningún halago puede ser más grato al espíritu de un escritor que el de merecer la representación de sus compañeros en las letras y cumplirla con escrupulosa lealtad, como lo hemos hecho, dentro de las cifras que determinan la naturaleza de nuestra misión.

Creo que estaremos contestes en proclamar el íntimo contento de haber desembocado, con la conciencia intacta, en una época de total revisión de las ideas y de las instituciones de la sociedad, que nos obliga a recurrir a nuestras reservas morales, para hacer frente a la fuerza bruta que pretende anular a la inteligencia.

Creo que todos sentimos la alegría de haber tenido que afrontar el peligro sin titubeos; de estar, por fin, en los naturales riesgos de nuestra profesión; de verificar, con entusiasmo, que la literatura no es un arte de ociosos para distraer en el ocio al individuo, sino un arte que le enseña a forjar el mundo con propias manos.

Por mi parte me adelanto a expresar mi alegre conformidad con una vida terriblemente dura, cuyas inauditas consecuencias no alcanzan a acallar nuestras voces. En nuestro canto constante no hay asomos de resentimiento y lo ilumina, en cambio, el regocijo de ser hijos de una época en la que el solo manipuleo de las palabras comporta una tremenda responsabilidad. No pudimos nosotros jugar a los vocablos, como los literatos de la generación de fin de siglo, y tuvimos que evitar, por igual, manifestándonos en apretadas síntesis, la sensual atracción del floripondio literario y la aristocrática clave de los signos herméticos; el desdén por la sencilla lengua del pueblo y la petulante declamación de barricada. Un mundo nuevo, que se va estructurando en medio de atroces convulsiones, deja por momentos al descubierto, la máscara de repugnante egoísmo de quienes luchan por impedir, o retardar hasta que ellos no sean de este mundo, el advenimiento de la justicia social, resultancia extrema de toda cultura.

No se trata de manifestaciones políticas, pues el escritor es juez y no parte. Su libertad de juzgar le exige que permanezca al margen de las contiendas en particular, salvo que se decida a quebrar su pluma, para poder así examinar las cosas con amplitud, sin pasión, sin parcialidad, a fin de que no quede un solo hombre, por absurda que sea su posición, sin su asistencia espiritual. El escritor defiende con su pluma las conquistas superiores de la civilización; trata de impedir que el hombre retroceda espiritualmente; indaga en el misterio de la vida y fortalece el corazón de la criatura humana frente a la eternidad, sustrayéndola a los vanos consuelos de candorosas creencias, a la nefasta influencia de absurdas idolatrías, de retrógrada superstición; señala sin titubeos la ruta restaplandeciente de la libertad, de la fraternidad, de la verdad que es la belleza. Cuando la violencia desplaza a la razón, el alto magisterio del escritor se desploma, el mundo que contribuyó a crear se esfuma, porque la lucha por los intereses vitales no es del individuo sino de las multitudes. Por eso el escritor tiene que sobreponerse, en cada caso, al desdén de sus contemporáneos, y a la furia persecutoria de quienes alternativamente detentan el poder. Esta conducta es la que caracteriza la pureza de su obra y la que conviene a los más altos intereses sociales.



Leónidas Barletta

No es fácil, en verdad, asumir esa posición deslucida y saber que, en todos los casos, en todos los tiempos, nuestra misión es la de contrariar a quienes buscan reposo en los esquemas que conforman sus inclinaciones, para incitarlos a emprender desinteresadamente la gran aventura de vivir, con la inquietud de lo desconocido, sin más amparo que la nobleza del espíritu y sin otra ambición que la incesante persecución de la belleza.

La benevolencia y la amistad de ustedes, lejos de aliviarme esta tarea, me compromete a expresarme con ambicionada exactitud.

Seamos escritores del mundo, custodios alertas del acervo espiritual; que esta fuerza imponderable tenga en nosotros, sus productores y defensores. Comencemos de nuevo, cada vez, con empecinamiento, a exponer las verdades inmutables, que la codicia material y la ignorancia, mantienen todavía como teorías exóticas, y por cuya vigencia la humanidad se encuentra en permanente conflicto. Proclamemos sin claudicaciones, valerosamente, nuestro ideal de una humanidad sin fronteras; de una sociedad no sometida a la clase que compone el Estado; de la abolición del esclavo proletario, de la extirpación de las fuerzas retardatarias del progreso y por sobre todo combatamos vigorosamente a la ignorancia, sobre la que descansa la estructura sin base de una sociedad que periódicamente desemboca en matanzas inicuas, envileciendo nuestros espíritus y desmintiendo nuestra cultura.

El Estado como poder administrador puede ordenar nuestra profesión y darle el lugar que le corresponde en la sociedad; pero no puede promover ni defender la cultura porque, en suma, su propia existencia es contraria al concepto de cultura. Un pueblo culto no puede ser sometido a los intereses de una clase, porque la cultura no reconoce clases y el Estado no sólo las reconoce, sino que las necesita para oponerlas entre sí, y aparecer, en el libre juego de sus intereses, como poder armonizador y árbitro supremo.

Es el escritor el que debe destruir, con ló-




*1. Eduardo Mallea — 2. Esmeralda Radaelli*
*3. Alejandro Sirio — 4. Julio Aramburo*

*DIA DEL ESCRITOR*
13 de junio de 1948

gica irrebatible, los falsos conceptos en que se asientan la arbitrariedad y la prepotencia. Y acaso sea oportuno señalar, a los que dudan de estas conclusiones, cómo la cultura, cómo el arte y las letras sufrieron un mortal estancamiento de la actividad creadora, en los países donde el Estado pretendió inmiscuirse hasta en la necesidad espiritual de crear una más perfecta comunicación entre los hombres y develar el secreto de la vida y del universo.

No podemos dejar en manos del Estado, conjunto de hombres ligados a intereses políticos, esta sutil actividad de la inteligencia. Toda genuina idea de progreso, de investigación acerca de la naturaleza humana, de indagación tendiente a aclarar el sentido del universo, nace del individuo.

Ninguna idea que discuta los poderes estatales puede desarrollarse si no es a costa del sacrificio de quien se ve en el deber de exponerla. La cultura es inherente a la libertad, crea derechos, en tanto que el Estado, cuando deja de ser la sencilla administración proyectada, los restringe, los mutila.

El lenguaje escrito, instrumento de los escritores, ha sido considerado como el distintivo más diferenciado de una comunidad de hombres, de una nación, de su unidad. Pero asimismo nuestra producción es patrimonio de la humanidad sin distingos. En su cabal sentido superior, la obra literaria adquiere una significación mundial. Y el hombre, conformado a la medida de la criatura humana, reconoce como problema inicial el de la angustia.

Por tanto, nuestra universalidad, es lo opuesto del nacionalismo estridente y colorido en que se incurre cuanto menos cultura se posee y son más firmes nuestro amor a la tierra en que nacimos y al país que contribuimos a fundamentar.

Deben entenderse estos conceptos en un sentido general, despojados de todo partidismo y aun de esa aberración que es el dogmatismo y la oposición política sistemática, fruto del resentimiento antes que de la reflexión.

Queremos referirnos solamente a los ineludibles deberes del intelectual. Dentro de esta conciencia he hallado a Eduardo Mallea escritor. Porque Mallea no es un escritor comprometido como consecuencia imprevisible de su obra sino un escritor que se adelanta a comprometer su opinión, avaluada por su prestigio, cuando podría disimularla, según se sabe, en el torrente verbal de la obra. Mallea pertenece al grupo de hombres de una promoción literaria que, sin renunciar a su condición de escritores, sin faltar a las reglas de imparcialidad enunciadas, lucharon contra la injusticia y la opresión y se adelantaron a defender a la civilización en peligro. Enamorados de su arte, deseosos de demorarse en la paciente artesanía de la prosa, supieron, sin embargo, levantar su voz para condenar los crímenes de lesa humanidad e insuflar optimismo en pueblos exhaustos, haciendo la claridad en la confusión predominante. Y lo que es más valorable a nuestro juicio, supieron conservar intactas todas sus potencias y cotidianamente abastecieron al mundo del pan y de la sal del espíritu, sin los cuales la angustia se hubiese trocado en desesperación.

Mallea discurre sobre un itinerario interior, apenas sobresaliendo, en contadas ocasiones a la superficie. Este mundo intangible que él describe con minuciosidad de artífice, con atormentada ansiedad, le permite reconstruir los contornos del alma humana y analizar sus elementos. Cuando nos pone en conocimiento de uno de sus tipos, apenas rozando una descripción formal, en seguida se adentra en ella y comienza su ímproba tarea de investigador del ser. Cada una de sus obras nos deja la impresión de haber sido construída con una exacta conciencia del mundo y de los deberes inaplazables que impone a los artistas e intelectuales la hora actual. Mallea entreteje sus anhelos en una prosa, no por trabajada, menos clara y grácil, desdeñoso de las rutilantes paradojas, de los sorpresivos juegos de palabras, reveladores a un mismo tiempo de la habilidad e incapacidad literaria y persiste en dar con el carácter de nuestro pueblo aislando algunos elementos, desentrañando su naturaleza, con fervor no exento de elegancia.

Así lo vemos analizar desde los tugurios de la ribera, hasta el campo y aun ciertas frías zonas de la aristocracia intelectual. Mallea es el poeta de la enunciación y es el profeta que advierte la hora del castigo, el dramático conflicto entre la conciencia y la inteligencia, y la rebelión de los sometidos gestándose en el silencio preñado de amenazas.

El contenido espiritual de la obra de Eduardo Mallea alcanza sugestivas resonancias, y en casi todas sus páginas llega a la máxima tensión angustiosa, que sólo logra el hombre capaz de fría introspección, el intrépido que entabla, al fin, el diálogo consigo mismo. Su particular filosofía ilumina sus ensayos, suaviza un tanto el colorido de sus novelas y jerarquiza toda su obra, revistiendo su simbolismo de un significado profundamente humano y de honda vibración social.

La obra de Eduardo Mallea responde ampliamente a su época y refleja con exactitud la hora de la ignominia y la consiguiente llamarada de amor que se levanta para purificarlo todo.

La amplitud de su concepción le acuerdan el título de poeta, cada vez más codiciado; el de pensador sagaz, cada vez más exigido; el de novelista de su tiempo; títulos que sus compañeros en las letras reconocemos con jubiloso entusiasmo. Y si a estas dignidades añadimos la que le confiere una conducta rigurosa y una prescindencia política que le ha proporcionado legítimas satisfacciones morales, todos coincidiremos en que es el hombre a quien sus colegas pueden otorgarle también el codiciado galardón de esta medalla de oro, que es la más alta distinción a que puede aspirar un escritor en la Argentina.

Así lo vemos analizar desde los tugurios poner cada vez que podemos señalar a quienes cumplieron con su deber de intelectuales, cada vez que nos toca exaltar la misión de la inteligencia insumisa, libre de toda servidumbre, sobreponiéndose al temor y a la dádiva, altiva y vigilante de su decoro, afrontando, imperturbable las humillaciones del poder que quiere ganar su incondicional adhesión y su obediencia, y rebelde frente a una organización social que condena a miseria perpetua a quienes se arriesgan a difundir la verdad.

Sintamos la inmensa dicha de habernos dedicado apasionadamente a una actividad que comporta tan graves consecuencias, que todos los días pone a prueba nuestro coraje, sin darnos punto de reposo y que su único premio consiste finalmente en la conciencia de haber servido al pueblo en sus más altos ideales.

Querido amigo: En nombre de los escritores argentinos, que la C. D. que presido representa, le entrego a usted la medalla de oro del Gran Premio de Honor 1946, que le han conferido los jurados Alberto Gerchunoff, Enrique Amorín, Padro Miguel Obligado, José González Carbalho y Juan Ferreyra Basso.

Integra usted, desde hoy, con Jorge Luis Borges que obtuvo el premio en 1944, y Ricardo Rojas, que lo recibió en 1945, en una memorable reunión realizada en esta casa el año pasado, el selecto grupo de los escritores argentinos a quienes sus propios colegas distinguen por la nobleza de su labor.

A la emoción de tener que cumplir este mandato en un hombre de talento y conducta, únese la enorme satisfacción de realizarlo en nombre de un gremio que hace honor a su profesión y por mandato de la sociedad que nos cobija, dignísima en su trayectoria democrática, baluarte imbatido en la custodia de la libertad de pensar y la cultura.

# "Las ideas políticas . . ."

*(Viene de la pág. 232)*

originales propias del ámbito de la especulación. Ese plano de las ideas claras y precisas es sólo punto de partida y referencia, desde el cual desciende hasta el fondo oscuro de los impulsos elementales y las ideas bastardas, que entran en gran medida a formar ese sedimento del que han de nutrirse las propias ideas claras y distintas. Este pensamiento sirve de fundamento al criterio: "La vida social es resultado de la convivencia de quienes poseen muy variados patrimonios intelectuales, y sería un peligroso criterio histórico no apreciar la significación de ciertos aportes de opinión, porque nunca fueron expuestos con claridad y con plena conciencia".

Ya estas indicaciones nos sugieren que el autor no trata de hacer una historia doctrinal, afirmada sobre acuerdos y textos ya fijados, sino una investigación guiado por su propio instinto y sentido para buscar un acomodo entre tales ideas consagradas y el resultado de su pesquisas y análisis, fijando las características y el sentido de la evolución de "la estructura económica y social en que hunde sus raíces el mero fenómeno político". En esta indagación sus propios hallazgos han acusado discrepancias con normas ya hechas para apreciar criterios con que se han tratado las realidades y fenómenos de la vida argentina. Por de pronto rechaza la periodización habitual establecida, fundado en la observación del proceso de transformación de aquella realidad social. Y concibe y adopta el que considera que puede ajustarse con mayor fidelidad al curso que ha seguido la formación del país.

El plan de la obra va a adaptarse a ese nuevo ritmo de periodicidad que le parece más apropiado para señalar etapas netamente definidas en el desarrollo histórico argentino. Son tres esas etapas: la era colonial, la era criolla y la era aluvial, en que aún se encuentran. Las tres partes en que la obra está dividida corresponden a cada uno de esos períodos. Una breve síntesis se destaca al comienzo de cada una de ellas, fijando de un modo preciso y vigorosamente expresado el sentido y carácter, revelando sus modalidades y tendencias.

Por su forma y su contenido merece que señalemos unas frases en que el autor, al presentar la constitución de la era colonial, destaca el proceso de elaboración de dos principios políticos destinados a tener larga vida: el principio autoritario y el principio liberal, los cuales afloran a la vez que se inicia el "proceso de superposición de cierta estructura institucional sobre una realidad que apenas la soporta". Este doble juego de principios, cuya imposición va a sufrir la colonia, no es, sino duda, privativo de la realidad argentina en la época colonial. Con variantes en los procedimientos y en las circunstancias seguramente podremos hallarlo en todas las colonias de Hispanoamérica. Y con mayor precisión vamos a verlo, en esta frase que ejemplifica y da sentido a tal realidad: "Ese duelo entre dos principios y ese otro entre la realidad y la estructura institucional, se perpetúan y constituyen el nudo del drama político argentino; la cambiante fisonomía de ese drama aparece descrita a lo largo de los períodos siguientes, y el autor ha procurado mostrar los múltiples matices con que se ofrece en cada etapa".

Donde dice argentino pongamos por ejemplo cubano y, sin duda, nos sorprenderemos de encontrar infinitas peripecias que sólo con cambios externos de nombres, lugares y fechas nos servirían a maravillas. Acaso sea ésta una de las características de esta obra, sobre todo en sus dos primeros períodos: las eras colonial y criolla, que convienen con las de muchos otros países de nuestra América.

III

La "era colonial" es, de las tres en que se divide el libro, la que aparece con perfiles más nítidos tanto por razón de la más lejana perspectiva, como por el gran don de síntesis con que el autor ha recortado sobre el tiempo los contornos de los sucesos y ha reducido a fórmulas su contenido histórico. A semejanza de lo que sucedió en Cuba, el pasado aborigen casi careció de significación en la Argentina. En el más remoto fondo se extiende el largo proceso de la colonia, de la que al mismo tiempo parten los asientos de la nacionalidad, presentes siempre en su desenvolvimiento de siglos, al punto de que sus estructuras se amplían y perfeccionan pero conservan sus características. Así, el autor nos dirá que no "no sólo se conforma entonces la realidad social de la futura Argentina, sino que se estructura también su actitud espiritual frente a los más graves problemas de la existencia colectiva".

Si es evidente que nos sería imposible comprender nuestra propia realidad actual sin el conocimiento de etapas previas a partir de la conquista —colonización, factoría, primeras protestas, luchas por la independencia— de igual manera la realidad argentina arranca de la era colonial en los aspectos distintivos y característicos, tales como estructura económico-social, formas de vida y contenidos espirituales, que plasman en un período de más de dos siglos, sin perder, no obstante los movimientos renovadores, sus característicos valores.

Dos épocas bien precisadas constituyen esa era colonial: "la época de los Austria y la época de los Borbones". La primera comprende los últimos tiempos del siglo XVI y se prolonga todo a lo largo del siglo XVII, y en ella cuajan y se afianzan ciertas modalidades del espíritu colonial que perdurarán pese a los embates de nuevas concepciones.

Conquista y colonización se realizan "bajo el signo renacentista de la aventura", por una España que había creado, de su orgullo y de su grandeza, una "conciencia vigorosa de la gloria hispánica, inserta en la gloria imperial, pero reconcentrada dentro de ella para afirmar su singular significado". Las conquistas que se suceden de nuevos países de América robustecen la creencia en una misión de España, que en Felipe II se circunscribe como misión de hispanidad y catolicismo. Las inmensas riquezas que llegan de América van a servir para alimentar las implacables e incesantes guerras contra los enemigos de España y de su fe. El camino del desastre, apenas alumbrado por victorias sin resultados decisivos, comienza a verse claro por hombres como Antonio Pérez, el antiguo privado de Felipe II, que desde su retiro advertía los desastres a que conducían tales empresas. Mas las palabras proféticas del autor de *Norte de Príncipes*, como las de otros muchos espíritus previsores de su tiempo, cayeron en el silencio que se había hecho en torno a una actitud política caracterizada por "el primado del espíritu autoritario". La doctrina del poder absoluto, quientaesencia de aquella acentuación de lo hispánico y lo católico, va a tener su más alto mantenedor en Francisco Suárez, creador de una metafísica de la escolástica y del absolutismo teocrático. Y como dice el autor, arraigó de tal manera esa política de principios rigurosos, que descartó "como anticatólica y antiespañola, la política de la realidad", pretendiendo ignorar sus circunstancias para someterla incondicionalmente "a la rigidez de las normas morales y a las leyes que de ellas parecían desprenderse inequívocamente". Los errores y fracasos que acarreó la implantación de esa política en América, donde la realidad era nueva y apenas conocida, dió lugar a incesantes frustraciones en la economía y al creciente aumento de vicios condenados por la Ley, pero inevitables en una realidad a la que no se quería descender.

En páginas muy llenas de acentos vitales va Romero siguiendo los pasos que marcan el nacimiento y el auge de las poblaciones junto al Río de la Plata, con sus alternativas y crecimientos, y especialmente, el auge de Buenos Aires, según fué más segura la idea de su importancia. La política colonizadora utilizó principalmente la encomienda junto a la otra política de catequesis, puesta en manos de los religiosos, para dar por resultado la imposición de la cultura hispánica, como única forma de existencia posible.

Especial interés hallamos en la presentación de los conflictos derivados del respeto teórico a la autoridad autocrática de la Corona, mantenido idealmente, y el *status* peculiar que la realidad, por su misma fuerza, fué favoreciendo. La llanura originó en quienes la poblaron una psicología peculiar y un tipo de vida impuestos por el desamparo y la necesidad de bastarse a sí mismos, de modo que la fuerza individual era la sola protección del legítimo derecho y aun de la propia vida. He aquí una nueva afirmación del espíritu autoritario, aunque en esfera distinta. "De este modo, en dos esferas harto diferentes y desde dos puntos de vista radicalmente opuestos, el espíritu autoritario se afirmaba en la vida colonial y cristalizaba como actitud política". De esta dualidad de autoritarismo se engendran conflictos a que el autor alude con estas palabras: "Las innumerables leyes escritas se violaban a cada instante; pero la ley de la llanura indómita no se violaba jamás". Es que la realidad acabó por dictar la ley y la práctica, por sobre las menudas prescripciones, aunque la prudencia aconsejaba pregonar la sumisión a las leyes. Con esa máscara de sumisión el español violaba las leyes que entorpecían el logro de sus apetitos. Así cuajó una concepción autoritaria del poder público que, conteniendo la libre iniciativa, forzaba a ésta a desenvolverse al margen de la ley.

De las contradicciones intrínsecas entre el autoritarismo real y la política de los principios, entre un autoritarismo estatal y un autoritarismo individual, obra de las circunstancias, el autor cree haber hallado el res-

quicio por donde sorprender el secreto de la conformación del espíritu político argentino.

El sistema autoritario descartaba la posibilidad de cualquier otra forma política, aunque por imperio de las realidades había creado una situación de hecho que concedía al colono una independencia casi absoluta. El reaccionarismo en esta primera época de la colonia parecía responder a este postulado: *"sólo lo que existe parece tener derecho a existir"*.



# En el centenario de Don Fed. Henriquez i Carvajal

(En el *Rep. Amer.* Envío de don Rafael Anido, en La Habana, Cuba).

*-(Sigue. Véase el número anterior)*

## EL MENSAJERO

*Revista Económica-Agrícola-Mercantil i de intereses generales*

Director: *Federico Henríquez i Carvajal*

Año I Núm. 1
Santo Domingo, Noviembre 15 de 1881

### ADMINISTRACION

*El Mensajero* verá la luz *tres veces* al mes, desde enero próximo. En noviembre i diciembre será quincenal. Se canjea con los periódicos del país, i propone i admite el canje con el mayor número de los que se publican en el exterior.

Mientras se obtiene la base definitiva, según presupuesto de la dirección, cada copia importa diez centavos; obtenida aquélla, circulará gratis el periódico.

Todo artículo de colaboración que verse sobre los asuntos económicos, agrícolas o mercantiles, o que trate de los intereses generales del país, tendrá favorable acogida en las columnas de esta revista.

El autor deberá autorizarlo con su firma o iniciales de su nombre. No se devuelven originales.

El estipendio para la inserción de artículos o comunicados de particular interés, será objeto de previo entendido.

### NOMINA

de los principales suscritores de *El Mensajero* que cada mes contribuyen con una suma proporcional al sostenimiento del mismo, por cuanto se consagra al estudio i difensa de los intereses agrícolas i mercantiles del país.

J. B. Vicini — Consignatario i comerciante.

Cambiaso Hermanos — Comerciantes i hacendados (San Luis).

J. M. Leyba & Comp. — Consignatarios i comerciantes.

Evaristo de Lamar — Hacendado (Caridad).

E. Hatton & Comp. — Hacendados (La Fe).

J. de Lemos — Comerciante i consignatario.

E. L. Zanetti — Empresario i negociante.

G. Stokos — Hacendado (La Stella).

A. Aybar & Comp. — Comerciantes (Ferretería "El Gran Candado").

S. Curiel & Comp. — Comerciantes ("La Fama").

J. Heredia & Comp. — Comerciantes i hacendados (Constancia).

J. de la Rocha — Comerciante ("Las Novedades").

J. M. T. Evertsz — Comerciante ("La Quisqueyana").

Aybar Hermanos — Comerciantes ("El Bazar").

M. Grullón & Comp. — Agentes de negocios i empresarios.

W. A. Read — Comerciante i hacendado ("Las Damas").

R. Abreu, hijo — Hacendado ("Bellavista").

Francisco Bona — Hacendado ("Asunción").

Sánchez, Damirón & Co. — Hacendados ("Santa Elena").

Pou & Leyba — Comisionistas.

Eugenio de Marchena — Comerciante ("La Canastilla").

T. Alfonseca & Comp. — Comerciantes ("El Elefante").

García Hermanos — Imprenta i librería.

Fernando García — Comerciante.

*Nota*: Estos dos sueltos —interesantes— figuraron como permanentes en la *carátula* —primera plana— de *El Mensajero*. La "Nómina" fué luego algo mayor.

## EL MENSAJERO

Henos aquí —alejados digna i voluntariamente de la abrasadora arena de la política— pidiendo plaza en el palenque del periodismo nacional para consagrar las fuerzas de nuestro entendimiento a la lucha benéfica del trabajo i a la defensa de los asuntos económicos, de los asuntos agrícolas i mercantiles, i de los intereses generales del país, en cuyo fomento radican el futuro bienestar i el progreso por que anhela la República.

Alta la frente, sereno el espíritu, tranquila la conciencia; no venimos, empero, a reivindicar el puesto que nos corresponde en la escena política, con deliberada intención de abogar por las doctrinas que, ora en la prensa ora en la tribuna, siempre fueron la noble i levantada aspiración de nuestra alma; doctrinas que informan nuestro criterio razonadamente liberal. ¡No! Por más estrechos cauces se precipitan en los tiempos que alcanzamos las impetuosas corrientes de las ideas políticas. A intentarlo, ¿qué frutos recogeríamos como recompensa de nuestra labor honrada? Conocidos son los que podríamos cosechar, sin beneficio cierto para el país.

Días vendrán en que la presunta utopía de hoi sea la verdad triunfante con todas sus saludables consecuencias. I esa victoria pacífica del progreso, ¿a quién se debe fiar?

Creemos firmemente que obra tan benemérita es la obra del estudio i también la obra del trabajo en sus más espléndidas manifestaciones: la agricultura, la industria i el comercio. De ello convencidos, lanzamos a los vientos de la publicidad esta hoja periódica con el generoso objeto de contribuir, en la medida de nuestras facultades, al logro de tan útil como trascendental victoria.

Secúndannos en el referido propósito varios amigos del progreso, verdaderos amigos del país, por más que la ignorancia o el despacho en ocasiones se hayan afanado por propalar lo contrario. Ellos, como nosotros, desean de corazón el desenvolvimiento gradual de los elementos de riqueza i prosperidad que atesora en su fecundo seno la parte española de la primada de las Antillas. Ellos, como nosotros, quieren llevar al exterior propaganda constante en favor del país, que sirva para atraer capitales i crédito, i para determinar el establecimiento de corrientes migratorias, de las que tanto ha menester el incremento de la agricultura.

A tal fin responde, pues, la aparición de *El Mensajero* en el estadio de la prensa nacional. Ajeno a toda cuestión de carácter político como consta en el prospecto circulado, será esta revista un periódico independiente, consagrado al estudio i al fomento i a la propaganda de cuanto concierne al ramo agrícola o al mercantil. En consecuencia, toda disposición administrativa de fomento o de hacienda, ya sea legislativa o ejecutiva, ya sea municipal, será, previo examen, juzgada con el criterio que conviene a los intereses económicos, según el criterio de la dirección cuyo credo liberal entraña, entre otros principios, éstos que siempre ha sustentado: franquicias i reducción de impuestos.

Ardua es la tarea que hemos acometido; pero, aficionados de antiguo a la ímproba labor del periodismo, i ganosos de colocar nuestro óbolo —siquiera humilde— en la obra de fe emprendida por algunos hombres de buena voluntad, no habíamos de vacilar en pedir plaza en el estadio de la prensa para dar a luz del público *El Mensajero*.

Ministerio augusto es el del periodismo si se ejerce con espíritu de equidad, civilizador e imparcial. De él animado se presenta *El Mensajero* en el sagrado campo de las ideas. I al aparecer hace votos por la paz i el estudio i el trabajo redentor, i saluda con la debida consideración a los periódicos que se publican en el territorio de la República.

Nov. 15 de 1881 — Año I — Nº 1.

### CRONICAS DE *EL MENSAJERO*

*De Ley.*—Se nos dice que en la nueva plantilla se asigna, cumpliendo el dispositivo de una resolución legislativa, la subvención que corresponde a los periódicos de la capital. Figura esta revista en el número de aquéllos. Nos cumple hacer constar que nunca ha percibido *El Mensajero* la asignación que le toca, tal vez porque no solicitó lo que en justicia se le debía. Hoi que se piensa en ello, admitimos lo acordado por la ley; pero no reclamaremos si acaso se suspende la subvención legal.

Sept. 28 de 1882.

*Noticias para el Exterior.*—Durante los días 1, 2 y 3 tuvieron lugar las elecciones para presidente y vicepresidente de la República. La candidatura llevada a las urnas, sin lucha legal, es la siguiente: Para presidente, general U. Heureaux, actual ministro del Interior y Policía. Para vicepresidente, general Cro. N. de Moya, actual ministro de Relaciones Exteriores.

Julio 8 de 1882.

*Nota*: Estas crónicas constituían una forma comprimida de críticas de procedimientos políticos y de reafirmación del carácter independiente y no sobornable de la revista.

---

CIRCULAR DE DESPEDIDA

Santo Domingo, 25 de agosto de 1890.

Mui señor i amigo mío:

Compelido por el hecho de fuerza, que dió conmigo en la cárcel i con *El Mensajero* en tierra, véome en el caso de declarar indefinida la ocasional suspensión de esa revista periódica.

Creo que veinte años de ímproba labor en el periodismo, como apóstol convencido aunque modesto, de sanas doctrinas e ideas educadoras, me autorizan a descansar de la ruda i larga brega cívica en que siempre puse el mejor esfuerzo de mi voluntad i el más alto propósito i el óptimo anhelo de mi conciencia.

Ni me duelen prendas, ni me arrepiento de haber consagrado la parte mejor de mi vida —sin provecho económico para mí— al servicio de la causa del progreso social i el estímulo i la defensa al honorable soncepto de que goza *El Mensajero* i en honra debida a mi propio nombre, debo plegar ahora la bandera que —en uso de un derecho natural i legítimo— he venido sustentando con evidente buen propósito de contribuir al mejoramiento social, político i económico de la República.

*El Mensajero* se retira, por tiempo indefinido, del estadio de la prensa nacional, para poner a salvo su programa i su concepto público, antes que desviarse ni un sólo punto de la línea recta —la del deber— bajo la presión de las adversas circunstancias que lo cercan.

Cumplo con sereno espíritu ese deber, i pláceme protestar públicamente mi reflexivo agradecimiento al considerable número de amigos i de compatriotas que, en todo tiempo i en estos días de prueba, se dignaron i se dignan favorecer con votos de simpatía i con demostraciones de aprecio al consecuente i concienzudo periodista.

En las faenas educadoras del magisterio, o en cualesquiera otras a que dedique mis esfuerzos, o en el retiro de mi modesto hogar, será siempre para mí motivo de complacencia el tener ocasiones propicias de corresponder a los testimonios de aprecio de todos mis amigos.

Reitérole el ofrecimiento de mis servicios, B. S. M.

*Federico HENRIQUEZ i CARVAJAL.*

*(Sigue en la próxima entrega)*



## Noticia de Libros

*Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.*

Un libro que recibimos de la Distribuidora Literaria, Ltda., en Santiago de Chile (Casilla 1071):

Enrique Araya G.: *La luna era mi tierra*. 1948.

Nos atrae este libro. Nada sabemos ni del autor, ni la casa que lo distribuye. El título en sí ya es otro enigma. También el dibujo de la portada. Lo ojeamos: fraseo ameno, ocurrencias inesperadas; es un libro de memorias. Nos parece muy original, desconcertante. Vamos a leerlo luego. Por ahora lo señalamos a la atención de los lectores.

*

Doña Carmen de Betancourt nos ha honrado con su visita y ha puesto en nuestras manos este precioso (en edición y texto) regalo, en dos tomos:

Simón Bolívar: *Obras Completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nagaris. Editorial LEX. La Habana, Cuba.

El Vol. I (1784 páginas) contiene las cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de marzo de 1799 a 31 de diciembre de 1826.

El volumen II (1440 páginas) contiene las cartas del Libertador comprendidas en el período de 1º de enero de 1827 a 8 de diciembre de 1830. Testamento, Proclamas y Discursos.

El Ministerio de Educación de Venezuela ordenó la edición. Es un soberbio tributo de admiración y gratitud de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Venezuela. Láminas numerosas en ambos tomos.

Una joya, pues. Ahora, nuestro deber es repasarla. Hagamos rueda, jóvenes amigos, y pongámonos a leer a Bolívar, y que nos coja en eso la madrugada.

Otro libro con que nos dió gusto doña Carmen:

*Rómulo Betancourt. Semblanza de un político popular*. 1928-1948. Ediciones "Caribe". 1948. Caracas.

Es una compilación de honrosos testimonios del aprecio en que tienen a Rómulo Betancourt los escritores de Venezuela y de América.

(Artículos, reportajes, notas de periódicos aparecidos en libros, diarios y revistas).

Hemos de reproducir en estos Cuadernos el testimonio final de este libro: *Semblanza de un político popular*, por el Dr. J. M. Siso Martínez.

*

Nos llega de Santiago de Chile la *Antología poética* de Carlos Prendez Saldias. Con un elogio lírico de Gabriela Mistral y en edición elegante de EMECE, en Buenos Aires.

En mucho aprecio la tendremos.

*Poeta, Dios te guarde*
*este manojito*
*de amapolas cruentas*
*y trigos benditos.*

Con el autor: Casilla 2829. Santiago de Chile.

*

Como envío de don Ricardo Castañeda Paganini, Director de la Biblioteca Nacional, Guatemala, marzo de 1948:

Ricardo Castañeda Paganini: *Historia de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos de Guatemala*. (Epoca colonial). Guatemala, C. A. 1947.

Dedica su obra "a la juventud universitaria de Centroamérica, esperanza de la Patria Grande". Hay dimensiones espirituales en esta obra.

En el Prólogo, el señor Pedro Bosch-Gimpera dice: "La publicación del libro de Castañeda se realiza en el momento en que Guatemala hace un gran esfuerzo para rehacer su vida cultural y en que su Universidad se ensancha con la creación de la Facultad de Humanidades".

*

Otra señal de los tiempos nuevos:

El Nº 1 (Enero-Marzo 1948) de la revista *Filosofía y Letras*, órgano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. En la Universidad Central del Ecuador. Quito. La edita la imprenta de la Universidad.

Muy bien, muy bien; con trabajos apreciables en las 4 Secciones en que se manifiesta la revista: Filosofía y Letras; Ciencias Sociales; Ciencias Exactas y de la Naturaleza; Periodismo; Sección General.

¡Adelante, pues!

*

Seis libros recientes con que la benemérita Editorial LOSADA, en Buenos Aires, sirve a la difusión de la cultura en nuestra América:

Charles Renouvier: *Bosquejo de una clasificación sistemática de las Doctrinas Filosóficas.* Traducción de Vicente P. Quintero. En dos tomos de la estupenda Biblioteca Filosófica, bajo la dirección de Francisco Romero.

(Una magistral revisión y ordenación del pensamiento filosófico).

Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío* (Ensayo sobre el tema y los temas del poeta). En los Estudios literarios, colección dirigida por Amado Alonso.

*El poeta y su vida. Rubén Darío y la Patria. El tema del poeta. La paloma de Venus. El olímpico cisne. El jardín de los pavos reales. Pasó un buho sobre mi frente. Divina Psiquis, dulce mariposa. Cuál fué el tema de Rubén Darío. La poesía social.* (Subtema 1). *El arte, la poesía y el poeta* (Subtema 2). *Conclusión.*

Herman Nohl: *Teoría de la Educación.* Traducción del alemán por Lorenzo Luzuriaga, Director de la tan acreditada Biblioteca del Maestro, a que este libro pertenece.

Herman Nohl es, con Eduardo Spranger, uno de los representantes más ilustres de la moderna pedagogía sobre base científico-espiritual.

En las Monografías de Arte. Serie Argentina, 8:

Romualdo Brughetti: *Aquiles Badi.* 12 láminas en negro y una en color.

Atención del autor, que mucho le agradecemos.

"Dentro de su generación, Badi levanta su sin igual puntería hacia un mundo de realidad y de belleza concluso en sí, pleno de energías e imponderables en los dominios del puro trascender estético. Allí, con su ardor, el pintor circunscribe su mensaje de artista y aborda, animado por los fuertes vientos de la vida y del espíritu, el hecho plástico creador de su existencia cabal".

En la Biblioteca Contemporánea, tan rica, nuestro amigo muy apreciado, Guillermo de Torre, saca estos dos libritos: *La aventura y el orden.*

(Aventura, orden...: los dos extremos polares de la línea evolutiva trazada por el espíritu innovador durante los últimos lustros...)

(El espíritu de aventura es el espíritu creador por antonomasia).

*Tríptico del sacrificio. Unamuno, García Lorca, Machado.*

Dos preciosos libritos de Guillermo de Torre que vamos a revisar luego y de los que sacaremos algunos pasajes sugestivos.

Mucho le agradecemos al autor el envío con que nos honra.



## Realidad política peruana

Réplica a *Rafael CALDERA*, líder venezolano del COPEI. (*Envío del autor*).

Rafael Caldera, lider de la agrupación política Copel, ha publicado un artículo comentando la inminente aparición de una nueva asociación política peruana bajo el patrocinio del propio encargado del gobierno, Bustamante y Rivero. El artículo es del mes de julio, y recién puedo conocerlo por una trascripción aparecida en *Jornada* de Lima. A la fecha ha nacido ya el llamado nuevo Partido, pero quedan en pie las temerarias afirmaciones de Caldera en torno a la realidad política peruana, de ayer y de hoy, y no sé que se hayan refutado, todavía, las demás antojadizas expresiones del referido artículo. Estas líneas han de hacerlo.

La crisis política que sufre el Perú, es la consecuencia lógica de la traición practicada por Bustamante y Rivero a los postulados democráticos del movimiento popular que le llevó a la Presidencia de la República. Aquel movimiento nacional aparecía en la escena peruana, por el año 45, como el primer gran frente de fuerzas democráticas que registra nuestra historia, para cancelar el continuismo dictatorial e implantar un régimen de justicia económica y libertades públicas. Apenas consolidada la posición del mando supremo, Bustamante dió las espaldas al pueblo, sin embargo y, en directo contubernio con las minorías conservadoras, destapó los planes de su jesuitismo dictatorial. Base de la prosperidad de sus maniobras fué, y sigue siendo, el sistemático ataque a las organizaciones políticas de izquierda —en especial al Partido Aprista— y el anulamiento del control parlamentario para gobernar a sus anchas por decretos.

No tiene antecedentes en la historia parlamentaria de América la "huelga de 21 senadores de la derecha" para negar quorum a su Cámara e impedir, consecuentemente, el funcionamiento del Congreso. Nada la justifica jurídica, moral o constitucionalmente. El Ejecutivo tenía, no obstante, recursos legales para pedir a los "huelguistas" el cumplimiento de sus obligaciones. Se limitó a lavarse las manos, estilo Pilatos, y subterráneamente alentó la actitud de los huelguistas en unión del ex-dictador Prado, cuyo retorno al Poder han planeado para 1950, si es que antes el pueblo peruano no ajusta cuentas con los Judas que lo apuñalean por la espalda. Para redondear su empresa felona, Bustamante ha convocado a una Asamblea Constituyente violando la Constitución, ninguno de cuyos artículos le autoriza a tal hecho, verdadero desmán totalitario. Sin los frenos del Parlamento, en brazos de las argollas conservadoras —hijas irrenegables de las castas coloniales— imponiendo su voluntad en los llamados decretos-leyes, dejando agudizarse la crisis económica —que sufre el pueblo, pero que gozan sus aliados los tiburones de la industria, el comercio, la tierra, la política —Bustamante y Rivero es ya un inconfundible fuehrer criollo. Cuando se le dicen las verdades pretende amedrentar con el sometimiento a los Tribunales de Justicia. Así lo ha hecho con Rafael Belaunde —ex-Presidente de su primer gabinete— y con Andrés Towsend, Director de *La Tribuna*, por defender la Constitución. Los propios jueces están irguiéndose contra él, sin embargo. El Dr. Juan Bautista Velazco, sobreponiéndose al miedo burocrático y enfrentando las iras del dictador, ha declarado "improcedente la acción judicial contra Balaunde y Towsend".

Esta es la simple verdad, don Rafael Caldera. O usted está mal informado o sus expresiones obedecen a conveniencias de orden político. Lo invito a visitar el Perú, así fuera de invitado oficial de Bustamante, para conocer de cerca nuestra realidad. Nosotros vivimos casi en pleno virreynato con coloniaje político, feudalismo económico, desequilibrio social. No hemos tenido la suerte de otros pueblos —el de ustedes en parte— para desmenuzar a las castas opresoras durante las guerras civiles o limarles un poco, siquiera, las garras prepotentes, carniceras y rapaces.

Después de lo dicho, ¿cree usted posible que la nueva agrupación política peruana sea un "movimiento para darle al pueblo peruano la justicia social, la paz y la armonía que necesita?" Yo no discuto la necesidad de que en el Perú haya dos o más partidos políticos. Hay más: eso conviene a la democracia. Pero ¿cree usted que los partidos políticos pueden nacer por decreto, al simple deseo o por mera voluntad de alguien? La historia es elocuente: nacieron muertos todos los partidos políticos engendrados desde arriba, entre el cabildeo de los palacios de gobierno. Por otro lado ¿qué vitalidad pueden tener en mi país las agrupaciones cuyas directivas lucen los nombres de los caciques de la economía y cuyo grueso está formado por la burocracia oficial sumisa, indiferente o amedrentada? Y ese es el caso del famoso "partido político" que mecen los brazos de Bustamante, como producto de la necedad, el miedo o la impotencia. Para realizar

un programa de transformación nacional, una empresa política renovadora, un proyecto de justicia social, es necesario crear, padecer y conducir un movimiento de conciencias con doctrina, con programa y con fé. El motor de la mística revolucionara es imprescindible. Ese es el caso del Apra. Allí y no en otra parte están las grandes mayorías populares que llevaron a Bustamante hasta la Presidencia; y en ese Partido tienen su "expresión adecuada", no siendo "mayorías" en espera de la expresión que les dé Bustamante, personalidad política anodina y anónima, quien jamás sacrificó por ideales su comodidad "diplomática" al servicio de los dictadores, mientras el Perú se debatía en el largo drama de su lucha social, cuyos frutos paradójicamente llegó a usufructuar. No olvide usted, además, que es católico el mayor número de los efectivos del Apra. No abriré polémica sobre la clase de catolicismo que profesan, pero el hecho me sirve para asegurarles que esas grandes masas —las únicas organizadas y de magnitud en el Perú— son "incapitalizables" para Bustamante. En ellas están las clases media, campesina y proletaria. No quedan fuera sino las castas opresoras y sus áulicos. Con ellas operará Bustamante, irremediablemente.

Quizás pensando en la filosofía y en la mística de los verdaderos movimientos sociales, habla usted del "católico Bustamante", como capaz de comandar un movimiento que se identifique al suyo, señor Caldera, bajo los dictados del "catolicismo social, inspirados en las afirmaciones de las Encíclicas". Puede ser, aunque lo dudo, que la realidad católica de Venezuela sea distinta a la peruana. Por mi propia cuenta y riesgo le hago la siguiente afirmación: en el Perú no conocimos ayer sino la "Teología a caballo", que dijera Blanco Fombona, con su Inquisición, su rapiña y sus purgas, y ahora, el catolicismo agresivo y anticristiano que representa un clero odioso y odiado, tradicionalmente unido a las castas opresoras. Hay las excepciones de siempre: sacerdotes de vida austera y conciencia renovada. El resto, el inmenso resto, sigue con su mentalidad intolerable, regresiva, opuesta a toda reivindicación individual y cualesquiera redención colectiva. Son los que aún aconsejan sufrir con humildad todas las injusticias de este "valle de lágrimas" —hambres, ignorancia, opresiones, esclavitud— a cambio del paraíso prometido en la vida ultraterrena. Así pasaba en las encomiendas coloniales. Son idénticos a los que atacaron al Libertador, calumniaron a Sucre, renegaron de Juárez y Morelos, anatematizaron a Sarmiento, a Montalvo, a González Prada. ¿Bustamante está actuando "católicamente" al amordazar la voz del Congreso, al pisotear la Constitución, cuyo respeto y cumplimiento jurara sobre los Evangelios el 28 de julio de 1945? Pregunte usted si alguna voz del clero se ha levantado para condenar al traidor y al felón.

Supongo que usted habla de otro "catolicismo", de una "orientación social cristiana" que "no sufre desmayos en su perfil señero frente al retardatarismo anquilosado y al marxismo disolvente". Pero ese, estoy seguro, no es el catolicismo del movimiento sinarquista mexicano, del que dirige el arzobispo Sanabria en Costa Rica o el que inspira la ofensiva pugnaz de la Acción Católica a través del Continente, aceptando entre otras cosas el padrinazgo del bandido Franco. ¿Dónde encontrar, entonces, el catolicismo pensante y actuante de "perfil señero", capaz de encender la mística del pueblo, para la conquista de sus viejas reivindicaciones sociales? Me gustaría saberlo por su boca. Entretanto, es peligroso plantear dilemas como los suyos: "o marxismo o social cristianismo, o materialismo dialéctico o filosofía del catolicismo social". El dilema tiene trazas dictatoriales y excluyentes y no parece un enfrentamiento de doctrinas, de morales, de programas en un libre juego democrático de tendencias, como el que se quiere para los partidos políticos en un verdadero régimen de justicias y libertades. ¿Adónde se acogerían los demócratas que no son marxistas; los que no son católicos, aunque sí cristianos; los que no son cristianos ni católicos, pero comulgan con la democracia? Podría establecerse entonces otra disyuntiva: o el Papa o Stalin, o el Vaticano o el Kremlin, la Iglesia católica o el comunismo. Y esto sería como darle al hombre a escoger entre dos totalitarismos. Hay una expresión mundial unánime: estamos cansados de totalitarismos. ¿Quién nos garantiza que un totalitarismo de "tonsura" no sea igual, o peor, que los totalitarios de "mechón y de swástica" o de "mostacho y dórman".

Lejos del Perú y Venezuela, observo serenamente el panorama político. Y así como le digo que al Aprismo no se le puede juzgar históricamente mientras no realice su obra en el gobierno —hace 18 años trabaja las conciencias desde el llano y es mentira que haya tenido el Poder en sus manos— así también le declaro mi fe en los hombres que gobiernan a su patria, respaldados por la fe de las mayorías populares de Venezuela. La oposición, si quiere ser constructiva, no debe ser ciega, sorda, excluyente, intolerante. Parece que los conservadores actúan en política a la inversa de como ofician en religión. La derecha venezolana, presidida por usted, católicamente perdona los pecados veniales y sólo toma en cuenta los capitales; en política se ensaña con los veniales o los convierte en capitales, con fines demagógicos. Porque el gobierno actual de Venezuela, y también el que presidió Rómulo Betancourt, no son acusados de "pecados capitales" como para justificar el "desengaño colectivo" de que habla usted en su artículo. Si no es como lo afirmo, quisiera conocerlos mediante su autorizada voz de Jefe de la oposición.

Un catolicismo de buena fe, si existe en Venezuela, no puede repetir las páginas negras del clero que se alistó, con armas y sermones, en las filas antilibertadoras del 800, al lado de los tozudos bisabuelos de las brigadas conservadoras que usted acaudilla. Venezuela ha empezado la cruzada de su segunda emancipación: la social, la económica, la verdadera, en suma. Calumniarla, obstaculizarla, tratar de contenerla, es cobarde, derrotista y suicida. Eso podrían hacer las oligarquías en derrota o un clero traidor como el que quiso trabar, entre sotanas y rezos anticristianos, la espada emancipadora de Simón Bolívar. Si se trata de contribución, Venezuela necesita la de un cristianismo dinámico, generoso, idealista, a imagen y semejanza del que conquistó gloria y patíbulo para Juárez y Morelos. Así se enseña con el ejemplo, así se hace patria y así se siembra un futuro de justicia.

Entretanto, don Rafael Caldera, los Partidos del Pueblo van avanzando. Y han de seguir haciéndolo para felicidad de Indoamérica. Han vuelto caras a la lucha, como los centauros de Páez. Y no retrocederán. Querámoslo o no.

*Abraham ARIAS-LARRETA.*

Los Angeles, California.

*(Viene de la pág. siguiente)*

tener vergüenza, el sultán —¡nada menos que un sultán!— se vió obligado a abandonar lo que aspiraba a lograr; y tendrá así explicado por qué hay tantos —en el reino de Saladino y en otros reinos— que procuran olvidarse de la vergüenza para no desperdiciar nada de lo que les parece tener a mano. Por otra, le será menester fijarse muy atentamente en la actitud de los sabios de la corte, que no atinaron a descubrir que la mejor cosa que el hombre puede tener en sí es la vergüenza. Seguramente, de tanto estar en la corte y de tanto asistir a las recepciones palaciegas, habían llegado a una conclusión falsa acerca de lo que los filósofos antiguos llamaban el "sumo bien". Creían, seguidamente, que lo más importante en un sabio —un sabio de corte— es saber coincidir a tiempo con el sultán, y mejor todavía si el sultán no ha expresado todavía públicamente su opinión. Las conclusiones de los sabios de la corte de Saladino, aunque contrarias a las de los filósofos, han merecido siempre la cálida adhesión de los sabios de corte de todos los reinos, desde el origen de los tiempos hasta nuestros días. Y además, en algunas repúblicas en las que eventualmente los que por vocación son sabios de corte consiguen descubrir un sultán.





*Nota.*—Escrito este artículo sé por los diarios el estallido de la revolución en el Perú. Sofocada la rebelión de la escuadra, han estallado nuevos movimientos en diferentes lugares del territorio. Se ignoran aún las características y fines de la sublevación. El primer acto de Bustamante ha sido asaltar los locales del Apra y declararla fuera de la ley, imitando a los dictadores Sánchez Cerro, Benavides y Prado.

# REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York


## Sobre el tema de la vergüenza

Por *José Luis ROMERO*

(En *Etica*. Bs Aires, 26 de marzo de 1948)

Hay temas que son eternos en la literatura, acaso por su inseparable relación con los problemas de la vida. Como el del amor o el de la muerte. Entre ellos hay uno que suele acudir con frecuencia al espíritu en los últimos tiempos, quizá porque evoca nostálgicamente la ausencia de algo que es caro y precioso. Hay en esta evocación una melancolía que casi parece pedir la forma poética, con la que lo trató en otro tiempo — no más feliz que el nuestro — don Francisco de Quevedo. Ese tema es el de la vergüenza, para nombrarlo con la palabra más vigorosa que posee el recio lenguaje castellano. Podría evocárselo, si nos dejáramos llevar por un prurito académico o erudito, con la designación más recatada de decoro o, más aún, aludiendo a la dignidad del hombre. Pero para el caso, algo nos mueve a preferir el castizo y varonil vocablo, impregnado de resonancias casi heroicas.

El tema de la vergüenza parecerá, quizá, menos brillantes que otros. Menos sentimental que el del amor. Menos dramático que el de la muerte. Pero para la vida, no cede en significación ni trascendencia a ninguno de ellos. Porque si apenas puede concebirse la vida sin el amor o sin la muerte, tampoco puede concebirse la vida — una vida digna de ser vivida—sin la dramática preocupación por el propio decoro. A pesar de la opinión en contrario de muchos. Sólo la preocupación por el decoro permite al hombre ser un poco de la tierra y un poco del cielo, y sólo él nos permite estimarnos a nosotros mismos en la oscuridad, cuando nadie sino nosotros mismos podemos percibir nuestra propia existentencia.

Sin duda el tema atraerá la atención de algún escritor y sería bastante útil que así fuera. Como es sabido, hay srobre él una abundante bibiliografía y si se lo olvida no será por falta de documentación. Desde los presocráticos hasta nuestros días, los autores que se han ocupado de él han sido numerosos, y podría confeccionarse una extensa lista de los que han coleccionado las máximas más accesibles para evitar que el hombre caiga en aquellos actos tras de los cuales le sería forzoso reconocer que ya ha perdido la vergüenza. Pero como aun los autores que han resumido el saber ético en máximas suelen ser fatigosos para quienes no poseen el hábito de la prosa teórica, quedaría todavía el recurso de recomendar las conocidas obras de Smiles y de Marden. Sin embargo, no caeré yo en la torpeza de aconsejar paladinamente su lectura, por varias razones. Una de carácter literario, porque es bien sabido que están ambos autores harto pasados de moda. Otra, porque si lo hiciera, no faltaría un humorista retirado que me acusara de estar vendido al oro anglo-sajón. Y le llamo humorista retirado, porque es menester haberse retirado mucho del humorismo para suponer que el oro anglo-sajón — o de cualquier otra parte — se dilapida en provecho de los que no hacen nada más que escribir.

Descartadas esas fuentes, tan repudiadas a pesar de lo eficaces que son para aprender que es una desvergüenza, por ejemplo, practicar la adulación —por oro o aun gratuitamente, que es ya toda una obra maestra del buen humorismo— y celoso de mantenerme dentro de mi legítima tradición hispánica, que ha encontrado ahora tantos celosos y desinteresados propagandistas, quiero señalar a quien piense ocuparse del tema de la vergüenza las ventajas de no perder de vista al infante don Juan Manuel, aquel oligarca de fines del siglo XIII y comienzos del XIV en cuyo libro de *El conde Lucanor* se cuenta un precioso ejemplo que trata de ella.

El protagonista es Saladino, que no era ni católico ni español. Pero pásense por alto estas circunstancias y considérese el valor que, a pesar de todo, conserva el ejemplo, cuya moraleja es de pura cepa castellana. De la buena cepa castellana, que existe y perdura, también a pesar de todo.

Saladino —cuenta el infante don Juan Manuel— requirió una vez de amores a una dama honesta y prudente, mujer de un vasallo suyo. Para poner entre ella y él algún obstáculo, la dama pidió a Saladino que moderara sus ímpetus hasta haber respondido a una pregunta que quería hacerle. Y como la dama era realmente honesta y no buscaba pretextos para avivar la pasión de Saladino, la pregunta que imaginó fué oscura y difícil, especialmente para un sultán. Quería, nada menos, que Saladino le dijese cuál era la mejor cosa que podía haber un hombre en sí y era madre y cabeza de todas las bondades.

Puede advertirse a primera vista que la pregunta no era como para ser contestada *ipso facto* por un sultán. Con los innumerables problemas que Saladino tendría que resolver todos los días, los proyectos que tendría que elaborar y las pleitesías que tendría que recibir, la cabeza de un sultán no podía estar para responder a abstrusas y siempre comprometedoras cuestiones relacionadas con la moral. A cualquier sultán le pasaría lo mismo y no hay que disminuirlos por eso. En cambio, los sultanes tienen el recurso de que, con un toque de campanilla y una media palabra al Visir o el secretario del Visir, pueden disponer que acudan a su cámara los sabios de la corte que, teóricamente al menos, deben entender de problemas morales. Esto fué lo que hizo Saladino: al descubrir que no podía responder a la dama de sus desvelos, llamó a su cámara a los sabios de la corte y les ordenó que resolvieran el enigma propuesto por ella.

Como hombre pudoroso, Saladino ocultó a sus sabios el enredo que tenía entre manos y se limitó a formular las cuestiones en sus




términos concretos. De modo que, faltos de antecedentes, los sabios sospecharon seguramente —aunque don Juan Manuel no lo dice — que el sultán conocía la respuesta y ofrecería una recompensa al que coincidiera con él. Es éste de coincidir con el sultán uno de los más caros ideales de todo sabio de corte. Tratando de buscar la ansiada coincidencia, cada uno de ellos propuso su propia solución y trató de invalidar la de sus rivales. Porque también es propio de los sabios de corte procurar dar por tierra con todos sus colegas. Y por esa causa viendo que ninguna de las respuestas merecía el asentimiento general, Saladino supuso que todas ellas debían ser falsas y las desechó, sin que por ese entonces hubiera ascensos en la cancillería del sultanato.

Saladino no era hombre de cejar en sus empeños y decidió salir a correr mundo para averiguar cuál era la respuesta adecuada a tan sutil pregunta. Recorrió muchos lugares y, finalmente, se dejó conducir a la casa del padre de un su escudero, de quien el hijo afirmaba que era el hombre más ducho en esta clase de enigmas. Y no se había equivocado, ni se había dejado llevar esta vez el escudero por el natural amor que todos tienen a su parentela. El anciano caballero meditó sobre la pregunta formulada por Saladino y luego respondió sin ambajes que la mejor cosa que el hombre puede haber en sí y es madre y cabeza de todas las bondades es la vergüenza. Esta vez Saladino —que era un hombre honrado— comprendió que había oído la verdad y se marchó dispuesto a acometer a la dama por la que suspiraba. Pero la dama no era torpe, y le señaló que si él se tenía por el mejor hombre debía poseer la mejor de las virtudes, y en consecuencia debía abstenerse de un acto del que tendría que avergonzarse.

Quien piense ocuparse del tema de la vergüenza podrá hallar en este ejmplo dos observaciones que le serán de indudable utilidad. Por una parte, deberá reparar en que, por haberse acordado a tiempo de la importancia de

*(Termina a la vuelta)*